

en que por una parte no haya ningún aparato erudito de ninguna naturaleza, puesto que los ocho tomos, además de tener bibliografías colosales, tienen ya toda la parte narrativa descriptiva de la historia. Y entonces trataré de hacer una cosa sin el aparato erudito, una presentación de un cuadro de la historia de México durante estos años, hecha con trazos gruesos pero muy claros, muy visibles, y además de una historia escrita literalmente con el mejor estilo imaginable. De modo que si esta historia grande, cada uno de cuyos tomos vale 150 pesos, y de los cuales con gran éxito editorial de México se han vendido seis o siete mil ejemplares de cada tomo —que ya es una hazaña— este libro que yo planeo de síntesis será un libro que cueste mucho menos dinero, que en lugar de 150 pesos cueste treinta o cuarenta, y que lo puedan leer 50 000 o 100 000 personas.

Pero todavía tengo que añadir que esta historia no va a corresponder tampoco muy exactamente a esta exigencia de interpretación. Es una cosa de síntesis en que usted ve el camino central que ha corrido la historia de México sin seguir ninguno de los arroyuelos que van formando una corriente. Es el río Mississippi, desde su origen hasta Nueva Orleans.

JW: Tenemos que en el pasado los grandes historiadores han sido aquellos que están muy bien documentados en los hechos, y que con grandes esfuerzos de investigación escribieron algo que se pueda leer con facilidad referente a la historia. Pero, esto que escriben debe tener una interpretación, o teoría tal vez, de lo que es historia, porque los investigadores sí pueden hacer investigaciones, pero deben poner énfasis en algunos pasajes, y menos en otros, para hacer resaltar las configuraciones de la historia. Parece que la síntesis de usted será...

DCV: Yo tengo fe en que será un buen libro en el sentido de que dará una idea muy clara de la corriente, del camino histórico principal recorrido por México. Pero repito, sin pretender meter eso en un cuadro ideológico interpretativo.

Mire usted, hace como catorce años que yo ingresé a El Colegio de México y mi primera conferencia fue justamente proponer una teoría histórica, o un marco histórico, o una idea histórica dentro de la cual se pudiera meter esta *Historia moderna de México*. Es un trabajo que no tuvo mucho éxito aquí en México, a pesar de que a mí me parece un muy buen trabajo.

JW: Bueno, con su trabajo ha encauzado el sistema de investigación.

DCV: Mire usted, mi idea, para decírselo a usted en cinco minutos, es:

Primero, para mí la civilización occidental moderna se ha encaminado, digamos, desde la última parte del siglo XVIII a conseguir dos grandes objetivos: la libertad política y la prosperidad material; y de conseguirlos además con un sentido no de limitar la libertad política, el goce de la libertad

política, ni el disfrute de cierta prosperidad material a grupos privilegiados, sino a la generalidad de la sociedad.

Segundo, México y todos los países de la América Latina principiaron su acercamiento a la civilización occidental tan tardíamente que no han podido atacar al mismo tiempo atacar estos dos objetivos. Y entonces la historia de México me parece que revela muy claramente que México ha optado en cierto momento en avanzar hacia el objetivo de alcanzar mayor libertad política pero descuidando el progreso económico. En cierto momento los mexicanos se percatan de que su vida política es más libre, que satisface más los deseos generales, pero que el país vive en la miseria, que no ha progresado económicamente en grados suficientes. Y entonces se levanta por ejemplo un Porfirio Díaz que contra Juárez y los viejos liberales dicen:

“Lo importante es progresar económicamente aun con el sacrificio de la libertad”.

Y entonces México se lanza durante el régimen de Díaz a un progreso económico que se plantea sobre la base del sacrificio de la libertad política, hasta que después de treinta y cuatro años se levanta un señor como Madero que dice:

“La prosperidad económica sin libertad política no vale la pena, y es menester antes que nada tener libertad política e incluso al precio de destruir la riqueza o el progreso económico alcanzado”.

Y el país entonces se lanza en la Revolución Mexicana a conquistar esta libertad política, y usted ve que en el día de hoy México vuelve a darle al progreso económico una preeminencia sobre el progreso colectivo.

JW: ¿Cree usted entonces que con las fluctuaciones en la vida económica y social del Porfiriato se hizo necesaria y posible la Revolución Mexicana, a pesar de los éxitos del Porfiriato?

DCV: Sí, sí lo creo así. Y para mí entonces el secreto digamos de la estabilidad y el desarrollo más armónico del país consistiría en avanzar o en progresar tanto en el frente económico como en el frente político. No se puede avanzar en uno solo, posponiendo el progreso del otro, porque de lo contrario se plantea siempre un cambio violento y revolucionario: Porfirio Díaz contra Juárez; Madero contra Díaz; ahora tenemos el grupo de la gente izquierdista o radical, que quiere una atención mayor a procedimientos democráticos, a libertad de expresión, organización de partidos políticos, una prensa independiente, etc., pero con sacrificio del progreso económico. El problema es, pues, el poder avanzar en toda la línea, en todo el frente.

JW: Algunos investigadores norteamericanos que han escrito tanto sobre México están ya influidos en sus obras con la interpretación de que Porfirio Díaz no era tan malo como se había dicho antes, en los años inmediatamente

anteriores a la Revolución. Por ejemplo el libro de Raymond Vernon²⁰ acaba de salir reinterpretando en este sentido los efectos buenos del Porfiriato. Es una sorpresa para los norteamericanos ver este pensamiento expresado después de tantos años de haber escrito tanto en contra de Díaz, y ver que ustedes ya están poniendo al tanto al público.

¿Ve usted una conexión entre la República Restaurada y el Porfiriato?

DCV: Sí, yo tengo esta idea, mire usted: el régimen de Díaz, como todo régimen dictatorial, por una parte, y por otra un régimen que duró tantos años, no solamente hizo historia sino que escribió su propia historia. Y la historia escrita por los escritores del Porfiriato fue, como es natural, en el sentido de decir que México antes de Porfirio Díaz era cero, y que después de Porfirio Díaz se habían conseguido todas las maravillas del Universo.

Ahora, cuando uno estudia de cerca la República Restaurada, se da uno cuenta de que muchas de las cosas atribuidas a Porfirio Díaz tenían ya un desarrollo y un nacimiento en la República Restaurada, y que en consecuencia ésa es una época que el mexicano ha descuidado de un modo total y completo, a pesar de que es un antecedente o una liga, digamos, entre el México que concluye con la intervención francesa y el México moderno. Si no se tiende este puente, o esta época de transición de la República Restaurada, no es posible explicarse el régimen de Díaz, a menos que se explique por el genio creador y único de Porfirio Díaz, lo cual, claro, no corresponde a la realidad histórica.

JW: ¿Y no pensó usted incluir en esta *Historia moderna de México* el periodo de la reforma?

DCV: No, no, no. Es una época distinta y es una época, no sé; alguna vez alguien lo querrá hacer. Mire usted, mi idea general —pero claro, yo no podré, no tendré fuerzas para hacerlo— me parecía en orden de urgencia, escribir un par de buenas historias. Primero sobre el antecedente inmediato de la Revolución, y después sobre la Revolución misma. Y una vez concluidas estas dos obras, principiar a echarse hacia atrás hasta llegar al movimiento de la Independencia, de modo que escribir después “Reforma e Imperio”, después sobre la Independencia, y entonces tener una historia de ciento cincuenta años en México, pero ya una gran historia.

Quizás haya gentes valientes que se atrevan a hacer esto, yo ya no puedo, evidentemente.

JW: ¿Hizo usted un estudio sobre la Constitución de 1857?

²⁰ *The Dilemma of Mexico's Development; the Roles of the private and Public Sectors*, Cambridge, Harvard University Press, 1963.

DCV: Mire usted, en cuanto a los estudios que yo hice sobre la Constitución de 1857, al venir el Centenario hubo una serie de conferencias que yo di, primero en la Escuela de Economía, y después en El Colegio Nacional, etc., pero finalmente en una forma más congruente y mejor, publiqué un libro pequeño que se llama *La Constitución de 1857 y sus críticos*.²¹ Y en ese libro, por lo que toca a continuidad entre una constitución y otra, señalo el hecho de que por una parte Carranza como preparativo para el Congreso Constituyente de 1917 hizo reimprimir la historia del Congreso Constituyente de 1857 de Francisco Zarco, de modo que los constituyentes de 1917 tuvieron una idea de cómo se había hecho la Constitución de 1857; y por otra parte, que la línea central de la organización política que nació de la Constitución de 1917, hasta haber un poder ejecutivo fuerte a costa de un poder legislativo débil, era una idea que los constituyentes de 1917 obtuvieron de Emilio Rabasa, que era un porfirista consumado, y que en consecuencia, como si dijéramos, la Constitución de 1979 por lo que toca a la organización o a la distribución del poder, no fue revolucionaria sino que fue una constitución inspirada en las ideas de un hombre muy reaccionario y muy inteligente —eso aparte— como Rabasa y señalo también que lo que tiene la Constitución de 1917 de verdaderamente revolucionario, pues son los artículos 27 y 123.

Todo lo demás es un acarreo de la Constitución de 1857 con esta gran modificación: la Constitución de 1857 le daba poderes muy limitados al Presidente de la República, y los mayores poderes al Congreso. Y en el caso de la Constitución de 1917 los poderes mayores son del Ejecutivo y los menores del Legislativo.

JW: Bueno, espero que pueda usted alcanzar a escribir más sobre el periodo de Juárez y la Reforma, porque parece que hasta hoy El Colegio es casi el único centro que está patrocinando esta clase de estudios serios sobre la época de 1850. Estos tomos que salieron: *México: cincuenta años de la revolución*, tienen esos defectos de que hablamos antes, que cada quien escribe lo que quiere sin relacionar un periodo con el otro, a fondo. Que tengan cuatro tomos no quiere decir mucho,²² y que tenga una síntesis de eso quiere decir aún menos.²³ Y ¿cuándo se fundó El Colegio?

DCV: El Colegio cumplió ya veintiocho años. Si usted incluye en esos veintiocho años lo que se llamó La Casa de España en México, que fue el antecedente inmediato de El Colegio, tiene veinticinco años. Los cumplió creo que el año pasado.

JW: ¿Y usted entró como director...?

²¹ México, Editorial Hermes, 1957.

²² México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 1962.

²³ 1963.

DCV: De La Casa de España en México fue presidente Alfonso Reyes, y yo el Secretario; y de El Colegio de México, Alfonso Reyes fue el Presidente y yo el Secretario. Después ascendí yo a Director de El Colegio y después a Presidente de El Colegio.²⁴ Pero sí estuve asociado a esta institución, incluso antes de que se fundara.

JW: ¿Y siempre ha tenido dinero de la Fundación Rockefeller?

DCV: Bueno, no exactamente siempre, pero la mayor parte del tiempo. Por ejemplo, la investigación de la *Historia moderna de México* se hizo con una aportación de la Fundación Rockefeller que duró diez años, por allí. Pero no fue por supuesto la aportación de la Fundación Rockefeller la principal aportación económica. Alguna vez le hice yo a la Fundación Rockefeller un apunte muy detallado del dinero puesto por instituciones mexicanas, con el propósito de que la Fundación no tuviera la impresión de que ella había sido la principal contribuidora.

Mire usted, yo cierro los ojos a la idea de hacer un cálculo de lo que ha costado en pesos esta *Historia moderna de México*, porque se armaría un verdadero escándalo en México. Me atrevo a decir que esta Historia le ha costado lo mismo a la Fundación Rockefeller que a las instituciones mexicanas que han dado dinero, no sé si cinco o seis millones de pesos fácilmente.

Bueno, uno tiene que admitir que la obra intelectual cuesta dinero. Sí, cuesta dinero; pero cuando yo leo en las revistas norteamericanas que la fábrica Ford ha gastado cincuenta millones de dólares en diseñar un nuevo tipo de automóvil, el "Mustang" por ejemplo, pues a mí me parece que lo que ha costado la *Historia moderna de México* es muy poca cosa.

JW: Se ha dicho en los Estados Unidos que la *Historia moderna de México* es una historia que quiere buscar en el pasado de México una continuidad, y que el Porfiriato no fue tan malo como se ha pintado y que no fue la República Restaurada un periodo de completo anarquismo, y que esta historia es un tipo de historia nacional que México no había tenido antes. Exponen que después de la Independencia los mexicanos condenaron a la Colonia para justificar la Revolución. Los porfiristas condenaron la era de Juárez para justificar la paz porfiriana. Y los revolucionarios han condenado al Porfiriato para justificar la Revolución. Con los libros de usted, que demuestra lo bueno del siglo XIX, México puede darse cuenta y tener orgullo de su propia historia.

DCV: ¿Usted dice que eso se comenta en los Estados Unidos? No sé, no conocía yo ese comentario. La única cosa que le puedo referir a usted, porque la conozco, es que hay dos profesores norteamericanos que han hecho

²⁴ Según sus *Memorias*, fue director de los trabajos académicos y de investigación entre 1958 y 1960 y presidente entre 1960 y 1963.

críticas a libros míos. Uno de ellos es el profesor Dana Munro de Princeton, historiador diplomático que hizo una crítica del libro *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*.²⁵ Y luego un profesor de la Universidad de Florida, Lyle N. McAlister, que hizo una crítica del último tomo de mi *Historia* en que hablo de las relaciones de México y Estados Unidos, Francia, Inglaterra y España. Y los dos han hecho esta observación que a mí me ha divertido mucho, y es que ninguno tiene duda de que yo he usado todas las fuentes escritas y sobre todo documentales para escribir estos dos libros. Pero ambos críticos han dicho: "Esto no le quita al señor Cosío Villegas el sentirse muy satisfecho de que su país se haya portado bien". Es decir, es una cierta acusación, digamos, de nacionalismo. Bueno, digo que a mí me ha divertido la observación porque yo digo que es enteramente natural que un padre se sienta satisfecho y le dé gusto cuando averigua que su hijo se ha portado bien en la escuela. Lo malo es que yo como historiador creyera que mi hijo es un genio, que no es. Esto sí sería malo.

Pero por otra parte, mire usted, tratándose del aspecto simplemente de historia, de las relaciones internacionales de México y los Estados Unidos, es evidente que si usted compara lo que yo escribo sobre estas relaciones, con lo que ha escrito, por ejemplo, J. M. Callahan (el libro de él es lo que ustedes llaman el libro estándar sobre este tema),²⁶ ustedes descubren dos cosas: en primer lugar, que yo uso las fuentes norteamericanas y las fuentes mexicanas. Mientras que si usted ve la bibliografía impresionante de Callahan, no cita un solo documento mexicano, ni un solo libro mexicano. Entonces me atrevo a pensar que mi historia es una historia más equilibrada porque estoy usando las dos fuentes. Pero la cosa más grave es ésta: que sólo hasta muy recientemente el historiador diplomático norteamericano nunca ha dudado de que el Departamento de Estado tenga la razón siempre. Acabo de recibir el último libro del profesor Munro y le voy a escribir una carta muy agradecido porque manda este libro, porque yo he dicho del profesor Munro que cuando escribió su primer libro sobre las relaciones de Centroamérica con los Estados Unidos en primer lugar no estudió las relaciones de México con Centroamérica porque está muy ligada la política de los Estados Unidos en Centroamérica a la política que México tuvo en Centroamérica. Y en segundo lugar, efectivamente el profesor Munro nunca puso en duda la idea de que el Departamento de Estado hubiera acertado o no; y ya no digo si hubiera tenido razón o no. De modo que, claro, yo reduzco al Departamento de Estado a las debidas proporciones que debe tener.

²⁵ México, Editorial Hermes, 1956.

²⁶ *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, Macmillan, 1932.

Quiero contarle a usted esta anécdota. Aquí el Instituto Francés para la América Latina en México, que dirigía hasta hace poco el profesor François Chevalier, que ha escrito cosas espléndidas sobre México, cuando vino el año de 1962 organizó para el Instituto una serie de conferencias para la Intervención Francesa. Pero las organizó con una gran maña, porque los temas eran como éste: "La influencia de la arquitectura francesa en México". Es decir, sobre los temas más inocentes. Entonces a mí me invitó Chevalier a que diera una conferencia dentro de ese ciclo. Le ofrecí el tema de "Francia y México: amor y recelo, 1867-1880".²⁷ Yo fui a dar esta conferencia a la casa de Francia en México, a sostener la tesis de que Francia había tenido una actitud muy poco inteligente y muy poco generosa con México. Y por supuesto que se armó un gran revuelo en el Instituto Francés para la América Latina. Por fortuna estas conferencias se registraron en una cinta magnética y se van a publicar. De modo a que mi actitud con estos problemas de relaciones no son simplemente con respecto a Estados Unidos sino con respecto a cualquier país; rectificar la cosa. Y en el caso de Francia, la misma historia; yo he manejado todos los documentos diplomáticos franceses, he estado trabajando en el Ministerio de Negocios Extranjeros de París por mucho tiempo.

JW: Bueno, yo creo que nadie puede decir que usted es un historiador nacionalista en contra de los extranjeros.

DCV: Yo creo que no.

JW: Pero tal vez se pueda decir que usted con su historia está escribiendo una historia a la que México puede mirar con orgullo.

DCV: Es posible.

SOBRE EL PAPEL DE LA FAMILIA EN MÉXICO
Y LA AMÉRICA LATINA, EL INTELLECTUAL
Y EL CARÁCTER NACIONAL

25 de enero de 1965
Ciudad de México

JW: Licenciado, quisiéramos principiar hablando del papel de la familia en México y en la América Latina. Hemos entrevistado como a veinticinco

²⁷ Publicado en Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon (eds.) *La Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, cien años después, 1862-1962...* México, Asociación Mexicana de Historiadores y el Instituto Francés de América Latina en México, 1965, pp. 209-217.

personas destacadas en la historia mexicana, y todos están dispuestos a hablar de su niñez, de sus normas, de sus memorias, de su padre; pero no tienen muchos deseos de hablar de su familia, de su esposa, de sus hijos y no entendemos por qué. Tal vez usted pueda hablarnos, por ejemplo de su familia, de la influencia de su esposa y la de sus hijos; qué tuvieron que ver con la vida de usted.

Quizás usted pueda decirnos si es debido al machismo que los mexicanos no quieren hablar de su esposa y de su familia.

DCV: Bueno, en primer lugar déjeme usted que le diga que yo creo que los estudiantes extranjeros de las cosas de México y en general de la América Latina, y aun los propios mexicanos, cuando estudian sus propias cosas, las cosas mexicanas, exageran demasiado la influencia de la noción del machismo en la vida mexicana y en general de la América Latina.

Concentrándome en la pregunta que usted me hace, a saber: un fenómeno que a ustedes les parece extraño, a saber, que un hombre público o intelectual está dispuesto siempre a hablar de su propia vida, de sus espíritus, etc., etc., rara vez menciona a la familia. Y ustedes preguntan, ¿por qué?

Bueno, para mí la explicación es perfectamente clara: la familia para un mexicano y para un latinoamericano, aun cuando hay excepciones de grado, por ejemplo en Chile y en México, es una cosa aparte del mundo público. Es decir, la familia tiene para el mexicano un tono, un aspecto de una cosa propia, íntima, confidencial; que tiene su función, que tiene su papel, pero que no es un papel público. Es una cosa, repito, es un eslabón, puede usted decir, o una pieza esencial de la vida de cada persona. Pero es una pieza que se queda en casa; que no desempeña una función pública o colectiva.

De modo que ésta es la razón principal y es una razón muy clara. Es decir, usted rara vez ve, sólo en los últimos tiempos, que la mujer mexicana desempeñe una cierta función pública. Hay, pues, senadores y diputados, verdad, y altos funcionarios, etc. Bueno, si usted fuera a entrevistar a esas mujeres, estarían dispuestas a decirle a usted cómo han hecho su carrera pública, cómo hicieron sus estudios, etc., pero no hablarían de sus maridos y de sus hijos. De modo que el fenómeno no es un caso de machismo porque aquí se trata de una mujer. Para mí el fenómeno, repito, es muy simple y muy sencillo: para nosotros la familia, que es una pieza indispensable en la vida de uno, es una pieza, sin embargo, que tiene colocación privada y no pública; una función privada y no pública. Pero no tiene que ver en absoluto con el machismo, en absoluto, nada.

Ahora, mire usted, yendo a mi caso personal: yo he tenido siempre una cierta inclinación a interesarme o trabajar en cosas de carácter colectivo y no simplemente en las propias cosas mías. De modo que desde muy muchacho me interesé en la organización de los estudiantes mexicanos. De modo que trabajé en construir la primera federación de estudiantes universitarios que hubo en la República Mexicana y en el Distrito Federal. Y de hecho yo fui el que organizó el I Congreso Internacional de Estudiantes que hubo en el mundo, en el año de 1921. Bueno, esto me obligó a mí, como es natural, a hacer una cierta carrera política estudiantil. Y cuando en el año de 1921 se hicieron las elecciones para Presidente de la Federación de Estudiantes de México, yo figuré como candidato e hice una campaña política para conseguir la votación mayoritaria de las escuelas. Pues bien, esta campaña constituía, como consisten la mayor parte de las campañas políticas, del anuncio de una plataforma, y luego en jiras electorales que significaban visitar escuelas, decir discursos, ganarse la simpatía de los estudiantes, etc., etc. Pues bien, mi mujer, de nombre Emma Salinas, era entonces estudiante de la Escuela Normal de Maestras, que era en aquel momento casi la única carrera universitaria que tenían las mujeres. Casi no había estudiantes de derecho, casi no había estudiantes de medicina, mujeres, quiero decir. No existía la Escuela de Ciencias Químicas que después se fundó, y a la que fueron muchos estudiantes, y aun la Escuela de Filosofía y Letras donde el día de hoy predomina la población femenina, era una escuela a la que sólo concurrían varones. Pues bien, mi mujer se convirtió en la líder de las muchachas que estudiaban en la Escuela Normal para ser maestras, a favor de mi candidatura. Yo conocí así a mi mujer y una de las consecuencias de esa actividad política mía como organizador de los estudiantes fue que yo me casara con mi mujer. Me casé con ella en el año de 1924. Y vivimos bastante unidos, bastante compenetrados, etcétera.

Tuvimos dos hijos únicos; un varón, Gustavo, el mayor, que intentó estudiar medicina y que de hecho estuvo inscrito en la Escuela de Medicina, en el primer año de medicina y fue víctima en su primer año de una fiebre tifoidea que le puso a orillas de la muerte. Y una de las consecuencias de esa enfermedad terrible —era una enfermedad entonces bastante común y corriente en México, y yo mismo tuve exactamente la misma fiebre tifoidea mortal que tuvo mi hijo años después. En mí no produjo ninguna consecuencia especial esta enfermedad, pero en mi hijo sí, produjo una crisis de no creer en la medicina como instrumento que aliviara o ayudara a aliviarse al hombre, puesto que la fiebre tifoidea entonces no se curaba sino fortaleciendo al paciente, dándole una buena alimentación, reposo, etc. Pero el paciente

se las tenía que averiguar él solo, sin que la medicina pudiera ayudarlo en nada.

JW: ¿En qué año fue eso?

DCV: Esto debía haber sido —déjeme usted hacer la cuenta— hace treinta y ocho años. Esta enfermedad es bastante rara, y por otra parte hay medios de curarla. Pues bien, eso trajo la consecuencia de que mi hijo renunció a la carrera de medicina, estuvo algún tiempo sin decidir qué haría de su vida, y finalmente resolvió dedicarse a la diplomacia. Presentó sus exámenes para entrar al servicio exterior de México, salió bien de estos exámenes y ha estado sirviendo puestos en las embajadas nuestras en México. Y ésta es su carrera y ésta es su profesión.

El segundo hijo fue mujer, y ésta hizo su bachillerato y sus estudios de historia en El Colegio de México, me ha ayudado a mí en mis trabajos de historia, y ella misma es autora —junto con Luis González y Guadalupe Monroy, Emma Cosío Villegas escribió el tercer tomo de *La Historia moderna de México*. Se ha casado, tiene ya dos hijas, y esta circunstancia la ha desviado un poco de su antigua vida intelectual. Ahora está interesada en artesanías populares. Y quiere poner un negocio de venta de artesanías populares, con la idea de poder ayudar a los indios mexicanos a que persistan en sus artesanías pero usando materiales modernos y organizando sus ventas; en fin, para que no sean objeto de una explotación, digamos. Bueno, ninguna otra cosa especial respecto a mi familia que no sea que vivimos muy armónicamente, y no somos una mala familia.

JW: Dos escritores, uno norteamericano y uno mexicano por ejemplo, han hablado de la familia: Óscar Lewis en *Los hijos de Sánchez*, ha estudiado a una familia pobre y Octavio Paz ha hablado de la relación de todos los mexicanos,²⁸ y los dos tienen algo parecido en lo que dicen: que la familia, no es tan fuerte como a veces parece. Paz dice que todos los mexicanos viven en un medio muy aislado, no pueden relacionarse con otras personas, y así no pueden estar solos y por eso se reúnen en fiestas muy grandes y con mucha música. ¿Habla correctamente de la situación? Óscar Lewis ha hablado de las tensiones de una familia pobre, los temores entre los hermanos, los temores del padre, y un mal entendimiento entre todos. Bueno, éstas son conclusiones de dos personas, nada más, pero es todo lo que tenemos. Siempre se ha

²⁸ Óscar Lewis, *The Children of Sánchez; Autobiography of a Mexican Family*, Nueva York, Random House, 1961, publicado en español por el Fondo de Cultura Económica, 1964; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

dicho que en la América Latina la familia es la fortaleza: con la familia y los parientes uno puede mantenerse y vivir muy bien, el uno ayuda al otro, es una fortaleza moral. ¿Usted qué nos puede decir de esto, y de su familia en este sentido?

DCV: Bueno, mire usted, yo creo que no debería dársele un alcance muy grande a las ideas de Lewis, porque ha estudiado un caso particular y habría que tratar de averiguar en qué medida las situaciones que él describe son generales. Y el caso de Octavio Paz decididamente no hay que tomarlo en cuenta. Es fruto de la calentura o la invención de un poeta o de un escritor. Jamás ha hecho Octavio Paz un estudio ni ha reflexionado sobre estas cosas. Pero por supuesto, en lo que dicen Óscar Lewis y Octavio Paz, hay aparentemente elementos verídicos. Por una parte, en el caso que pinta Lewis de una familia pobre con problemas diarios de incertidumbre, de pobreza, de limitaciones, etc., etc. Esto es perfectamente natural.

Y yo tengo la impresión, por supuesto, de que la familia en México y en la América Latina ha cambiado muchísimo en los últimos años. Ya es una gran pena que no haya un estudio sociológico sobre este tema tan interesante. Yo no vacilaría en decir que el concepto tradicional de la familia como, primero, una unidad muy grande que puede estar constituida por tres generaciones, digamos: abuelos, hijos y nietos, y además cada uno de ellos con hermanos y con hijos, etc., etc. —y con un conjunto de esta magnitud en la que prevalece una gran unidad—, es una cosa que decididamente se ha transformado en la América Latina, como en la propia España; porque este tipo de familia no es propiamente inventado por nosotros, es una de las instituciones heredadas muy directamente de España. Desde luego, las familias actuales en la América Latina no son tan numerosas como solían serlo en el pasado. Pienso yo, por ejemplo, en mi padre, que se casó dos veces y tuvo ocho o diez hijos. Las familias ahora son más reducidas, aun cuando principia a haber un movimiento en sentido contrario. Es decir, desde hace diez años la gente joven en México y en general en la América Latina tiene muchos más hijos de los que antes solía tener la familia. De modo que usted puede decir que en términos generales las familias mexicanas de hoy no son tan numerosas como lo eran antes. Esto por una parte. Por otra parte uno tiene que admitir que la vida actual es de una complejidad tan grande, que la idea de que se conserve la familia, una familia numerosa y complicada, como un todo, es una cosa difícil. Piense usted simplemente: el hecho de vivir en una ciudad como la de México con cuatro o cinco millones de habitantes, con comunicaciones siempre insuficientes, siempre insatisfactorias. De modo que la idea de que uno pueda ver a su familia cada semana, vamos a decir, es una tarea que rebasa las posibilidades.

Mire usted, yo tengo un hermano médico —ya no me quedan a mí más que tres hermanos, dos varones y una mujer. Pienso más que nada en mi hermano Ismael, el médico, que es un médico muy eminente, es un hombre que tiene organizada su vida, se levanta muy temprano, se va en las mañanas al hospital de Huipulco, es un gran especialista en vías respiratorias y trabaja en consecuencia en un hospital donde se cura de un modo especial esta enfermedad. En la tarde tiene que atender a su consultorio privado, es una persona que toma participación en conferencias, en actos públicos; ha sido presidente de la Academia de Medicina y hoy es uno de los líderes de esta huelga de los médicos. Es un hombre que lee mucho, es un hombre que sabe de música, etc., etc. A este hombre le falta tiempo para atender todas estas necesidades. De modo que las posibilidades de que él y yo nos encontremos en una reunión familiar son ya posibilidades muy remotas, bastante remotas. Yo veo a mi hermano un mínimo de dos veces al año pero lo veo profesionalmente, porque dos veces al año voy a que me revise, médicamente hablando. Pero el juntarme con él resulta una cosa de azar. Y, sin embargo, debo decirle a usted que los lazos de afecto y de interés, y aun de admiración, que existen entre mi hermano el médico y mío son tan fuertes, tan estrechos como si nos viéramos todos los días. De modo que repito: hay un cambio muy grande en el sentido de que el contacto frecuente, diario, de los miembros de una familia no es una cosa como existía en la antigüedad.

Y sin embargo usted se encuentra casos distintos. Manuel Gómez Morín —al que ustedes conocen— recibe todos los domingos a sus veinticinco nietos, y se arma una algarabía en su casa, que yo he dejado de visitar a Manuel Gómez Morín, como antes lo hacía los domingos para poder conversar con él, porque en la actualidad es literalmente imposible hacerlo.

De modo que yo no vacilaría en decir, en resumidas cuentas, que es incuestionable que la familia mexicana es una familia que ha cambiado mucho en su número, en la frecuencia de sus relaciones, etc., etc. Pero sin que la transformación llegue a los extremos que pinta Octavio Paz. Eso de que el mexicano es un solitario y que tiene que organizar grandes reuniones y todo eso, todas esas son invenciones literarias.

Y en la medida que esas observaciones de Octavio Paz sean ciertas, son ciertas lo mismo para el mexicano que para el norteamericano, el parisiense o el londinense. Son observaciones de carácter general.

Ahora lo que es incuestionable es que en este fenómeno de la familia lo mismo que en muchos otros —a pesar nuestro, nosotros nos vamos acercando al modelo de la familia norteamericana. Pero no porque imitemos ese modelo, sino porque la vida va imponiendo ciertos modos de ser.

JW: Siempre hemos dicho en los Estados Unidos que la difusión del automóvil tuvo mucho que ver con la destrucción, casi, de la familia grande en los Estados Unidos. Aquí parece que va a ser igual porque ya tienen tantos coches y además coches chicos. Pero hay otra cosa, aquí en México las familias han tenido la costumbre de viajar en un coche grande con toda la familia y ya con estos coches muy chicos, ¿qué va a pasar? Ya no pueden andar con el abuelo, la tía, y los siete niños. ¿Qué van a hacer? Es un cambio que viene del modo de vivir.

DCV: Bueno, mire usted, ahora se me está ocurriendo citarle a usted un caso que es curioso, es el de un vecino mío, un médico de apellido Limón. Él, hijo de un mexicano y una inglesa, casado con una norteamericana. Todos los hijos tienen una pinta sajona indiscutible; son muy blancos, son rubios, de ojos claros, etc., etc. El idioma habitual de esa familia es el inglés, son muy americanos. Tienen familia incluso en los Estados Unidos, en Houston, y van periódicamente a verlos. Bueno, pues esta familia es una familia tremendamente mexicana; los muchachos son muy unidos entre sí, y viajan todos —siete personas— en una camioneta pequeña. Ahora me acordé, por lo que decía usted. Es un caso insólito, increíble. Es decir, esto le revela a usted por una parte, que un fenómeno como éste de la familia en parte es fruto de circunstancias de carácter individual o personal. Pero, repito, hablamos un poco en el vacío, porque desgraciadamente no existe un buen estudio sobre esto.

JW: Bueno, usted acaba de descartar el machismo, pero ha hablado de una familia que tiene matices verdaderamente mexicanos. María Elvira Bermúdez en *La vida familiar mexicana*,²⁹ ha examinado la literatura histórica de México para ver la relación que todos han tenido psicológicamente en la familia, y ella ve mucho machismo. Ahorita en estos últimos años, Santiago Ramírez en *El mexicano; psicología de sus motivaciones*,³⁰ (y muchos colaboradores de él, psiquiatras), han tratado de ver en conversaciones a fondo con unas personas, qué características tienen. Ellos han descubierto mucho más machismo. Usted dice que las familias mexicanas viven y tienen unas características iguales que los norteamericanos e ingleses, y que Paz está exagerando en algunas cosas. Pero si hablamos del machismo en términos psicológicos, es esto una característica que da algo de nacionalismo a México? Porque México es diferente, no hay duda. ¿Y cuál es la diferencia? ¿Es la familia diferente de lo que en otros países y en qué manera?

²⁹ México, Robredo, 1955.

³⁰ México, Pax-Mex, 1961.

DCV: Bueno, mire usted, habría que tratar de definir esta expresión del machismo, porque por lo visto se usa ya para todo. Si en lo que dice esta muchacha Bermúdez, a quien yo considero una mujer inteligente y buena escritora, esta mujer describe, y hace resaltar un fenómeno que no es machismo, a saber, que en la familia mexicana la autoridad descansa más en el hombre que en la mujer. Si a esto se le quiere llamar machismo, bueno, pues que se le llame. Éste sí es un fenómeno todavía corriente en México. Es decir, que el hombre tiene una autoridad digamos de última instancia en su familia y que la mujer en el mejor de los casos, es una consejera, es una ayudante, etc., etc., pero la mujer no tiene, como si dijéramos, una autoridad propia, sino una autoridad delegada —delegada por el marido. Vamos a decir un poco, para hacer una mala comparación histórica, que se trata de la situación colonial de México, en que la autoridad original estaba en la Corona y la autoridad delegada estaba en los funcionarios que la Corona tenía en la Nueva España. Era el Virrey o era “el adelantado”, etcétera.

Y sin embargo, mire usted, bien visto el fenómeno, si uno examina qué sectores de la autoridad le quedan a la mujer, uno tiene que reconocer que en la familia mexicana son sectores muy importantes. El hombre tiene en general la función de ganar el dinero para el sostén de la familia. El hombre tiene en general la función de la relación pública o el contacto de la familia con el mundo exterior; pero la mujer conserva una función en la familia mexicana que es decisiva: y es el contacto más frecuente y más dominante con los hijos, y la educación de los hijos —la educación de los hijos dentro de la familia y muchas veces fuera de la familia. Citamos el caso de una familia que está estudiando a qué escuela ha de mandar a un hijo. Frente a este problema la opinión del varón es decisiva en el sentido de que si él puede pagar esa escuela o no puede pagar esa escuela, y puede dar una opinión respecto a los peligros de mandar a un chico a una escuela privada porque puede hacerse demasiado católico, llegar a prejuicios y aberraciones, etc. Pero la opinión final que prevalece es la de la mujer. La mujer es la que va a la escuela, la que habla con los maestros, la que ve el edificio, los laboratorios, las instalaciones materiales. Y es la mujer la que resuelve en definitiva si una escuela es buena o no es buena. De modo que en la familia mexicana la mujer todavía tiene más funciones, más calladas, más silenciosas, pero muy importantes para la familia. Pero esto, repito, no quiere decir que el fenómeno todavía prevaleciente en México sea de que la autoridad final, está en el hombre, y no en la mujer.

JW: Bueno, ¿usted da más importancia a la influencia de su madre que de su esposa? ¿O es una influencia diferente? ¿Ella es un respaldo moral para impulsarle? ¿Cuál es el intercambio? Porque en muchas partes del mundo todos

dan crédito a sus padres y en muchas partes del mundo también dan crédito a su esposa pero aquí en México no se dice mucho de la esposa. ¿Y en su caso particular, nos puede ayudar a entender esto?

DCV: Bueno, mire usted, creo que es una pregunta interesante la que hace usted, y yo creo estar en condiciones de contestársela a usted. Hay una gran diferencia entre la relación de mis padres entre sí y con sus hijos, y la relación que hay entre mi mujer y yo y nuestros hijos y la relación que hay entre mi hija, su esposo y sus hijos. Entonces, viendo estas tres generaciones usted encuentra cambios muy grandes en la familia mexicana.

En el caso de mis padres, por ejemplo —y esto es una cosa que yo siento muy claramente y que pienso alguna vez escribirlo, porque vale le pena escribirlo— en el caso de mis padres, por ejemplo, el papel sobresaliente en mi familia era el de mi padre. Mi padre tenía toda la autoridad, era un hombre que resolvía todas las cosas, que pensaba todas las cosas, etc. Era un hombre de una gran rectitud y un gran carácter, un hombre decidido, determinado; un hombre, pues, que nos enseñó a nosotros, como si dijéramos, las virtudes varoniles o las prendas varoniles. Por ejemplo, la noción de que uno tiene derechos que defender, pero que la defensa de estos derechos no debe hacerse mediante el pleito. Pero que si una persona pretende negarle a uno el derecho, uno tiene que reaccionar, incluso con violencia para hacerlo. La idea de que un hombre tiene que ser devoto de la palabra dada en cualquier compromiso, y el cumplimiento del deber. Estas virtudes nos las enseñó nuestro padre.

Mi madre casi no sonaba en la casa. Era una mujer muy alta, muy bonita, ligeramente encorvada y, sin embargo, nunca la oía usted caminar en la casa. Cuando mi padre llegaba a la casa todos advertíamos que llegaba. No era un hombre fanfarrón, pero en el ruido de sus pasos, usted advertía la firmeza del hombre; mientras que mi madre caminaba un poco por nubes, nunca hacía ruido. Yo he pensado mucho que lo que yo heredé, lo que yo aprendí de mi padre, es demasiado visible. De modo que nunca he tenido dudas sobre la deuda enorme que yo tengo con respecto a mi padre. Pero la deuda con mi madre parece una deuda no muy definida, no muy clara, no muy firme, no muy brillante. Y, sin embargo, fue una deuda bien pensada, extraordinaria. Es más, yo mismo y mis hermanos reconocemos que si el matrimonio de mi padre y de mi madre hubiera sido más equilibrado, si mi madre hubiera desempeñado un papel más visible en casa, nosotros hubiéramos sido unos tipos humanos mejores. Yo mismo y todos mis hermanos tenemos los rasgos del carácter de mi padre, es decir una cosa de decisión, de firmeza, de orgullo, por ejemplo, de trabajo, de rectitud, etc., etc. Pero todos nosotros flaqueamos en el aspecto, como si dijéramos, sentimental. Es decir, los hermanos Cosío

no conocen la piedad. Uno de los puntos débiles de los hermanos Cosío, de mí mismo y de mis hermanos, es que no conocen la ternura. Bueno, mi madre representaba en nuestro hogar ese elemento de la ternura, la comprensión de las cosas débiles, de los factores sentimentales, de recogimiento, de afecto, de cariño, etcétera.

Salta usted al caso de mi familia, de mi mujer y yo. Mi mujer para mí ha sido una perfecta compañera. No hay ya una diferencia tan enorme y tan grande como la que había entre mi padre y mi madre. Por supuesto que como mi mujer nunca ha trabajado para ganar dinero, todo lo que son, por ejemplo, por supuesto, cuestiones de finanzas y de dinero etc., etc., sigue estando en mis manos, pero ella me ayuda siempre en mi trabajo y ella ha tenido mucho más influencia en la educación de los hijos y la autoridad.

Salta usted de allí al caso de mi hija, la tercera generación, y estoy por decirle a usted que en este matrimonio la autoridad mayor es la de la mujer. Es decir, que mi hija tiene en su hogar una libertad que yo no he tenido, y que ciertamente, ni mi padre o mi madre en relación con ellos. Bueno, por citarle a usted un caso pequeño, pero ilustrativo: mi hija organiza una comida un sábado o un domingo y el último que se entera es su esposo. En el caso de mi matrimonio, mi mujer puede organizar la comida, pero con mi previo consentimiento. Y en el caso de mis padres, mi madre no tenía que hacer absolutamente nada de esto; era mi padre el que resolvía, decidía, organizaba, el que invitaba, etc. De modo que es evidente que hay un cambio en la relación de marido y mujer y de los padres con respecto a los hijos. De modo que usted puede decir que hay un fenómeno que tiende a igualar el *status* de la mujer con el hombre dentro de la familia. Es decir, que se va perdiendo la noción del patrimonio. No hemos llegado todavía al matrimonio norteamericano en el que la mujer tiene más autoridad que el marido. Pero hay un punto de equilibrio ya.

JW: En relación con los Estados Unidos, usted ha escrito sobre el carácter nacional de México. Tal vez podamos hablar aquí del papel del intelectual en la sociedad y del carácter nacional. En su artículo en *Cuadernos Americanos*³¹ sobre "México y los Estados Unidos" publicado en 1947 usted habló del carácter nacional de México y de los Estados Unidos, diciendo que en México hay más espiritualidad y menos materialismo, más arte y menos basura, más calidad y menos cantidad como en los Estados Unidos, más individualismo y menos iniciativa, digamos. Y usted trató de ver las diferencias entre las dos culturas. ¿Cree usted todavía que éstas son las diferencias principales?

³¹ *Cuadernos Americanos*, 6:6 (1947), pp. 7-27.

DCV: Bueno, yo creo que en términos generales sí, por supuesto que aseveraciones de esta naturaleza que son necesariamente gruesas y generales, necesitan de una segunda reflexión, de un afinamiento mayor. Por una parte, mire usted: díganos cuál es la diferencia del norteamericano y el mexicano frente a los intereses materiales. Yo tengo la impresión de que sigue cierta mi afirmación que el norteamericano tiene un sentido de los intereses materiales de lo más agudo, mucho más vivo que el que tiene el mexicano. Pero, por otra parte, la primera corrección es que los Estados Unidos no son el único país que tiene este sentido de los bienes materiales. En Francia, por ejemplo, ha ocurrido una transformación radical en los últimos veinte o veinticinco años. De modo que usted puede decir que el francés actual en el día de hoy es un hombre en quien la consideración material pesa tanto como puede pesar en un norteamericano. Y, por otra parte, es incuestionable que en estos últimos veinticinco o treinta años, las transformaciones que han ocurrido en la sociedad mexicana han puesto al mexicano dentro de la órbita de una economía de lucro que hace que el mexicano también tenga ya un acicate en las cosas materiales muy grande. Es decir, si hace veinte o treinta años viajaba por los pueblos de México y veía usted al indito mexicano arrodillado una media hora o una hora en una iglesia, usted se daba cuenta de que era un tipo de hombre ése, fuera de esta civilización moderna en que el deseo del dinero y de la comunidad, y aun de lujo, no pesaban en este hombre. Esto ha cambiado mucho, porque desde luego la existencia que usted podía comprobar antes de la Revolución Mexicana, muy fácilmente, de una enorme cantidad de economías autárquicas que tenían un mercado estrictamente local, el hombre cuyas principales necesidades de abrigo, de alimento, aun de ciertos utensilios primitivos, satisfacía esto dentro del círculo estrechísimo de su familia.

Todo esto está cambiando. Está cambiando porque hay vías de comunicación que no existían antes porque la educación ha abierto paso a ciertas ideas, y porque por alguna razón o por otra, el mexicano del pueblo bajo, una persona con espíritu religioso indudable e incuestionable, y además un espíritu religioso católico —y para el católico la vida en la tierra tenía un sentido y una importancia muy limitada y la vida definitiva y el gozo definitivo era la vida en el más allá— ha cambiado. De modo que en el mexicano usted encuentra ahora, claro, entre obreros, entre campesinos organizados, etc., etc., que ya tiene un apetito por las cosas materiales más definido, más agudo del que existía antes.

JW: ¿Es bueno o malo? Porque en 1947 su punto de vista fue que lo material tenía matices muy malos, que quería cambiar la raíz de México digamos, y corromperla. Y hoy habla como si ya no fuera tan malo como en 1947 había

pensado. Porque usted en 1947 creía que la vida material no tenía nada de profundo, no daba nada para que el hombre pudiera vivir felizmente.

DCV: Bueno, mire usted, yo diría esto: en primer lugar, resulta un poco ocioso especular sobre cuál vida es mejor, porque de lo que uno puede estar seguro es que no hay en la actualidad hombre que esté resignado —digo, no un hombre particular, un hombre individual porque éstos existen; grupos de hombres, la sociedad—, que esté resuelto a seguir siendo pobre y a tener limitaciones demasiado tajantes en su vida. De modo que sería un poco ocioso especular qué cosa es mejor, porque de lo que podemos estar seguros es que el grueso del ser humano se ha contagiado del espíritu del capitalismo y quiere sacarle al capitalismo el mayor provecho posible. Y en consecuencia, es bastante ocioso especular, sobre todo en el caso de los mexicanos, es decir, de un grupo humano aislado. Pero si planteamos nosotros el problema en toda su universalidad, yo sigo teniendo la esperanza de que no pase mucho tiempo sin que el hombre reconozca que no sólo de pan vive el hombre, sino que hay valores espirituales.

Pero esto, repito, como un fenómeno no del mexicano sino de la humanidad toda. Es decir, que le diría yo a usted: tomemos un caso para mí todavía más patético y más claro que es el de la China. Es incuestionable que el chino tenía virtudes espirituales extraordinarias. Difícilmente ha habido un pueblo en el mundo que tuviera un sentido de finura o de equilibrio como el viejo chino. Yo conocí a muchos estudiantes chinos en Europa, y era hace años, y era positivamente un gran placer tratar a esas gentes. Uno no le puede negar al chino comunista el propósito y el deseo de mejorar materialmente, de convertirse en una gran potencia industrial y en una gran potencia militar, etc., etc. Yo, lo que espero, es que pasados, vamos a decir, cincuenta años, la China comunista llegue a conseguir todas esas cosas, y que se acuerde de nuevo el chino que en él la poesía, la pintura, la simple contemplación de un paisaje le daba gozos y placeres que no le da la producción de automóviles, ni tener bombas atómicas.

JW: ¿Qué quiere decir con “virtud espiritual”? Porque los intelectuales latinoamericanos por muchos años han dicho algo así: “nosotros tenemos una vida espiritual mientras que los norteamericanos son muy pobres porque aunque son ricos en cosas materiales, no tienen nada espiritual”. ¿Pero qué porcentaje de personas ha tenido en la América Latina esta vida espiritual? Si habla de las masas, ¿se refiere a la religión? ¿Pero cómo se compara la religión de las masas con la vida espiritual que tienen los intelectuales que leen, escriben, escriben poesía, etc? ¿Puede aclarar esto, por favor?

DCV: Bueno, mire usted, yo creo que hay, por ejemplo, una de las cosas que a mí me llamaba la atención del indio mexicano. Es incuestionable que el

indio de hace veinticinco o treinta años que vivía en la punta de un cerro incomunicado, era un hombre pobre y que trabajaba mucho, etc. Yo he contemplado muchas veces a esos indios al cabo de una jornada de trabajo, sentarse a comer unas cuantas tortillas, un poco de chile, etc., tener una actitud de reposo, de descanso, de quietud, que no encuentra usted en el hombre que vive en un gran ciudad; un hombre que llega tan fastidiado, tan exhausto del trabajo como aquel indio, pero que no tiene modo de cortar las horas de trabajo con las horas del descanso. En la misma actitud de los brazos del cuerpo veía usted que el indio mexicano era un hombre capaz de cortar su faena de trabajo con otra cosa que era distinta a eso. Y, luego, el gozo que tenía el indio mexicano de conocer el pedacito de paisaje en que él se movía, un conocimiento familiar íntimo con cada árbol, con cada piedra, con cada cosa; esto que le daba al indio mexicano un gozo y un placer especiales que no encuentra usted fácilmente en el hombre que vive en la ciudad urbana. Yo tomo todos los días el automóvil por esta vía del periférico, y uno tiene que admitir que como goce estético, ¡pues no!, se mete usted dentro de un tubo de concreto y ¡a caminar!

JW: ¡Pero la rapidez, sobre todo la rapidez!

DCV: Sí, sí, sí. No, desde ese punto de vista de la movilidad y de la conveniencia nadie disputa estas cosas.

Y acuérdesse usted —recuerdo siempre este hecho, no sé si se los he referido a ustedes porque siempre recuerdo este hecho de cuando los Morrow compraron una casa muy bonita en Cuernavaca y la quisieron amueblar con muebles populares de México, etc. La señora Morrow cuenta en el libro que escribió³² que estando en el mercado de Cuernavaca ve unas sillas de madera y de bejuco, pintado el respaldo con unas guirnaldas de flores o una cosa así; y la señora Morrow le pregunta al indio que vendía:

—¿Cuánto cuesta esta silla?, —y le dice el indio:

—Diez pesos, —y la señora Morrow le dice:

—Bueno, pero si yo te mando a hacer doce sillas, vamos a decir, veinticuatro sillas, ¿a cómo me las vas a cobrar?

—Bueno, a quince pesos cada una.

—¿Cómo un precio de mayoreo superior al precio de menudeo? —Y le pregunta al indio:

—¿Y por qué me vas a cobrar más si yo te mando a hacer no una silla sino veinticinco sillas? —Y entonces el indio le contesta:

³² Elizabeth Morrow *Casa Mañana*, Croton Falls, N.Y.: Spiral Press, 1932.

---Bueno, hacer veinticinco sillas, pintar lo mismo, me aburriría enormemente.

Es decir, había allí un sentido de placer en hacer una cosa, como si dijéramos, única. Esto no deja, pues, de expresar ese espíritu o esa diferencia.

JW: Ayer estuvimos aquí a las seis de la tarde en La Lagunilla y hay una casa de antigüedades allá. Queríamos entrar y hacer compras, y el hombre estaba cansado, muy cansado, sentado en la puerta, y nos dijo:

---Ustedes no pueden entrar porque ya después de tantas horas de trabajar ya no vamos a trabajar.

---Bueno, pero no podemos regresar, vamos a salir el mismo día. ¿Qué podemos hacer? ¿No nos puede hablar de los precios por lo menos?, ---y nos dijo:

---No señor, no es el dinero, es el humor, el humor, ino tenemos humor!

DCV: Bueno, ¿qué otra cosa quiere usted?

JW: Acaban de traducir al inglés muchos de sus artículos en un libro *American Extremes*,³³ artículos que usted escribió hace muchos años, y yo creo que surge un problema: que muchos no van a saber que usted no sigue creyendo exactamente lo mismo ---es obvio que su pensamiento ha cambiado mucho.

SOBRE EL ÍNDICE DE POBREZA CONSTRUIDO POR WILKIE

En el mismo artículo en que usted habló del carácter nacional, critica a los norteamericanos que quieren calificar todo en términos materialistas. Tal vez podemos hablar un poco aquí de un índice que yo he construido de los censos de 1910 hasta 1960, que incluye el porcentaje de las personas que contestaron en cada censo que sólo hablaban la lengua indígena, que no pueden leer ni escribir, que viven en poblaciones menores de dos mil quinientos, que no comen pan de trigo, que andan en sandalias o que andan descalzas, y que no tienen drenaje. Estas estadísticas nos proporcionan un índice para mostrar qué porcentaje de la población ha vivido y vive en condiciones verdaderamente adversas. Por ejemplo, algunas enfermeda-

³³ Austin, University of Texas Press, 1964.

des pueden entrar por los pies descalzos, y no pueden participar en la economía si no pueden hablar español. Ya no se mueren de problemas del estómago, pero se pierden horas y horas de trabajo y de salud por causa de ciertos gérmenes.

Vamos a ver si cree usted que esto es justo: medir el desarrollo social de México en este sentido. Porque el índice tiene que bajar para que no vivan muchas personas en condiciones adversas, en 1921: 53.1 por ciento; en 1930 la mitad de la población; en 1940: 46.0 por ciento; en 1950: 29.4 por ciento; y en 1960: 33.1 por ciento.³⁴ ¿Podemos decir que si este índice va bajando, las personas van a tener una vida más productiva o que pueden gozar más de la vida? ¿O es injusto hablar en estos términos? Porque esto todavía demuestra que en México una tercera parte de la población en la mayoría rural vive en condiciones muy adversas,³⁵ que por supuesto no se pueden comparar con las condiciones adversas en que se vive en los Estados Unidos o Inglaterra. ¿Podemos decir que a la Revolución Mexicana le falta mucho para lograr que tantas personas no vivan en la adversidad? Usted habló sentimentalmente de la vida rural en 1947, y está hablando ahorita de la vida casi rural en donde el hombre puede cortar sus horas de trabajo con sus horas de descanso, y ése es un punto de vista que parece decir: "si pudiéramos vivir en el campo viviríamos mejor". Tal vez usted puede criticar este índice y este concepto y hablar de este problema.

DCV: Bueno, no creo que haya mucho que discutir sobre la cosa. Es incuestionable que si uno piensa en lo que se llama la civilización moderna y cómo se mide esta civilización, la situación en que viven estos grandes núcleos de la población en México es una situación adversa, y que es una situación que debe corregirse a todo tránsito. Eso no cabe la menor duda.

La única observación que yo quisiera hacer a propósito de este índice de la adversidad —o en el caso concreto de usted, porque usted ha usado ciertos criterios, digamos, importantes, por ejemplo: qué tipo de habitación tiene la gente, si usa calzado o no usa calzado; probablemente es menos significativo esto de comer pan de trigo o no comer pan de trigo, y es menos significativa la existencia o no existencia de drenaje si se trata de habitaciones en el campo y no en la ciudad. Pero de todos modos hay ciertos índices—. La única cosa que a mí se me ocurre reflexionar, es que estos índices deben ser elegidos

³⁴ Sobre este índice de pobreza, ver James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, segunda edición; Berkeley University of California Press, 1970, p. 236.

³⁵ Ya para el año de 1970 el índice había bajado a 24.8 —ver la traducción de *ibid.* por el Fondo de Cultura Económica. 1977. Epílogo 1. Cuadro 14.

con gran cuidado. No para el caso concreto que usted plantea, sino planteando la cosa un poco más general.

Si usted lee publicaciones de las Naciones Unidas, por ejemplo, usted ve publicaciones que naturalmente las organizan, las planean, las trabajan, gentes occidentales cien por ciento, vamos a decir, son norteamericanos, son ingleses, son franceses, lo que usted quiera. Y esto para aplicarlo no digo a la América Latina, sino a Vietnam del Sur o a alguno de estos países africanos, el Camerún, o lo que usted quiera. Bueno, uno de los índices, por ejemplo, es el número de toneladas de papel que se consumen en un país, y toneladas de papel en las cuales figuran mucho las que consume el periódico diario. Bueno, esto para mí es uno de los índices más discutibles que pueden usarse para medir la situación social del país. En primer lugar —y esto ustedes lo saben mejor que yo—, el desperdicio de papel que hace la prensa norteamericana es una cosa ya increíble. Cuando usted tiene que caminar cuatro o cinco calles con una edición dominical del *Times* de Nueva York, yo, por ejemplo, que soy un lector no muy ordinario de periódicos sino vamos a decir un aristócrata lector, desecho de plano la sección de “real state”, la sección de “travel”, la de alquileres y ventas de automóviles y todo lo que usted quiera. Total, se queda uno con las secciones de noticias, con la sección del “book review”, y lo que ellos llaman el “Magazine” que tiene ciertos artículos de fondo. De modo que la cosa no es muy clara. Y luego, porque en la medida en que usted piense en un periódico o en un diario como un modo, un sistema, un medio informativo de lo que pasa en el mundo, etc., pues las cosas están más o menos bien. Pero piense usted por ejemplo en estas páginas teatrales de los periódicos de México, en que cada cinematógrafo anuncia una película y la anuncia con una ilustración de un hombre con una espada, o de un cuchillo que le está hundiéndolo, y todo. Es decir, pues son cosas bastante discutibles.

Pero en fin, ese tipo de cosas que usted maneja, me parece que sí son hechos fundamentales, o son hechos importantes en la vida. Por supuesto que yo diría que a eso habría que agregarle otras cosas más difíciles de determinar, pero importantes. Por ejemplo, accesos a mercados, a comunicaciones y quizás una cosa también de acceso a la educación, a escuelas. Eso tiene importancia. Tiene menos importancia, le decía yo a usted, la cosa del drenaje si se trata de habitaciones en el campo.

JW: ¿Por qué?

DCV: Bueno, por dos razones: si usted piensa en el drenaje como una fuente que impide la contaminación del agua, si una comunidad indígena se está surtiendo de un río, es decir de una corriente continua de agua, los peligros de infección son relativamente limitados. Y si usted piensa en el drenaje como

un sistema para acarrear el desperdicio humano, excuso a usted decirle que en el campo abierto y en el sol esto no tiene ninguna significación higiénica. La tiene en cuanto usted piensa en un núcleo urbano, pero no en un núcleo campesino.

JW: Bueno, en los núcleos campesinos que yo he visto en todas las entidades federativas de la República, tienen su manera de manejar este problema "limitado", frecuentemente tienen un lugar que es muy sucio, muy contaminado con moscas y todo eso, no es que van al campo a desechar el desperdicio humano, no; van a este lugar, es donde es un problema y es muchas veces cerca de la cocina. Con tantas moscas esto puede ser un problema higiénico.

DCV: Sí, la cosa es mala, claro. Bueno, ¿que otra cosa quiere usted?

EL INTELLECTUAL EN LA SOCIEDAD MEXICANA

JW: Bueno, usted acaba de hablar con nosotros mientras estábamos cambiando la cinta y tal vez podamos terminar esta entrevista con esto porque así comenzamos: tratando sobre el papel del intelectual en la sociedad. Usted ha criticado mucho —por ejemplo en "La crisis de México" publicado en 1947— el desarrollo de la sociedad mexicana. Hoy, ¿cuál es su concepto y cómo piensa usted en llevar a cabo su concepto del intelectual en la sociedad mexicana?

DCV: Bueno, el tema es por supuesto de una enorme complejidad. Yo estoy invitado por la Universidad de Texas a presentar un ensayo en abril sobre el tema del intelectual y la política; es decir un tema más restringido que el que usted me plantea: "intelectual y sociedad". Pero de todos modos ciertas ideas vagas o confusas o sueltas que yo tenía sobre el tema éste del intelectual y la política, he comenzado a ponerlas en orden. Y por una parte, como es natural, he tratado en primer lugar, de definir qué es lo que debiéramos nosotros entender por un "intelectual", porque de lo contrario estamos usando una palabra que quiere decir mil cosas. Pero para mí, en resumidas cuentas, el intelectual es un hombre que profesionalmente piensa y ataca los problemas por la vía de la razón. Es decir, por un proceso de razonamiento. Es decir, la cosa tiene interés porque es muy habitual que se considere dentro del grupo de los intelectuales a los artistas, es decir, a los escritores, incluso a los pintores, a los escultores, a los bailarines, etc.: personas que trabajan en actividades diga usted, no materiales o espirituales, pero por vías distintas a la de la razón, como usted quiera llamarle, intuición artística, lo que sea.

Pero, en todo caso, tomando el tema un poco más amplio del de usted, "intelectual y sociedad", me parece a mí que si un intelectual es fiel a su

función de intelectual, ya está pagando una deuda a la sociedad y está cumpliendo un deber social. Vamos a poner el caso, diga usted, de un hombre que trabaja en el laboratorio de química o de investigaciones médicas o un matemático. Si este hombre pone en su faena, en su trabajo, seis, siete, ocho horas diarias, es un hombre bien preparado, es un hombre trabajador, es un hombre que usa técnicas modernas, etc.; ese hombre, a pesar de que no produzca su trabajo ningún resultado práctico inmediato, ese hombre está cumpliendo una función social de primerísimo orden.

Yo insisto mucho en este punto porque muchachos como Carlos Fuentes, que como extremista le quiere dar un sentido muy particular a ciertas cosas, creen que si un novelista no critica los hábitos de la clase burguesa en México, no está cumpliendo su función social. Para mí, si un novelista escribe una buena novela escrita con imaginación, con un gran dominio de la lengua y que sea una novela cuyos personajes sean seres de Marte, es decir, un escritor que hace una obra de arte en una novela, ese señor está cumpliendo una función social y una buena función social, independientemente de que no critique a la sociedad.

Si en el caso ---para volver un poco a lo que representa o quiere representar Carlos Fuentes--- un escritor que escribe novelas y que el argumento de estas novelas es una sustancia social en que pinta el tipo de hombre rico degenerado, sin gustos, sin opiniones, que simplemente navega dulcemente por la vida, etc., etc., yo no objeto que un escritor haga este tipo de novelas, a condición de que las haga con inteligencia y con buen dominio de la lengua. Porque de lo contrario si usted extrema el punto de vista de Carlos Fuentes, para decirlo, tendríamos que excluir al astrónomo del grupo de intelectuales que desempeñan una función social. ¿Por qué? Porque es un señor que se pasa las noches detrás de un telescopio observando, no sé, una galaxia o lo que sea. Ese hombre no está produciendo ninguna cosa de orden práctico inmediato pero siempre está siendo fiel a un oficio, a una profesión, y a una profesión que tiene sentido. De modo que yo en realidad no veo ninguna complicación especial en este tipo de problemas. Tratándose por ejemplo de cierto tipo de profesionistas, el sociólogo, el economista, el estudiante de ciencias políticas que debe manejar problemas muy vivos, candentes, si usted le quiere pedir a esa gente honestidad, valentía, no poner su ciencia al servicio de un gobierno etc., etc., todo eso me parece a mí bien.

Pero repito, yo siempre tengo la impresión de que este problema del papel social o de la función social del intelectual es un problema un poquito artificial, que se suscita un poco por el gusto de platicar, cosa que yo no objeto, me gusta platicar.

JW: Bueno, ¿usted cree que el intelectual en México puede pertenecer al gobierno y criticar, y dar a luz los temas que le interesan?

DCV: Bueno, la posición de un intelectual que está al servicio del gobierno y de un gobierno aquí en México, para hacer más completo el caso, es ciertamente una posición difícil. En primer lugar a mí me parece un hecho, contra lo que mucha gente habla y dice, que el intelectual mexicano ha desempeñado un papel bastante pobre y limitado, diga usted, en lo que se llama este periodo de la Revolución Mexicana; un papel que nunca ha sido el de creador de ideas, de planes; que rara vez ha sido el intelectual un hombre que tenga en sus manos verdadero poder, ni aun dentro del terreno de las cosas intelectuales. De modo que el intelectual ha desempeñado un papel de importancia secundaria. No quiere decir que aun siendo secundaria la importancia no sea importante esta importancia, pero ciertamente no es un problema de primera magnitud.

Es decir, el intelectual mexicano no ha sido un actor verdadero de la Revolución Mexicana o un creador de la Revolución Mexicana; ha sido un consejero lejano de la Revolución Mexicana; y esto en sus últimas etapas, casi le diría yo a usted que en las etapas en que ha dejado de ser la Revolución Mexicana mucha Revolución Mexicana. Usted quita el caso excepcional de José Vasconcelos en quien el presidente Obregón depositó una confianza total y completa para iniciar el renacimiento intelectual de México, y ningún intelectual mexicano ha gozado de la confianza verdadera de los líderes de la Revolución Mexicana.

El caso quizás agudo es el de Cárdenas. Cárdenas ha tenido una profunda desconfianza de todos los intelectuales mexicanos. Es decir, que en la medida en que una persona sepa leer, sepa escribir y sepa hablar, en esa justa medida el general Cárdenas desconfía de ella. Ahora, usted me dice que esta situación que me parece que es cierta en México, no es en realidad excepcional. Si uno contempla cualquier época histórica de cualquier país, uno no ve a los intelectuales exactamente haciendo una Revolución o haciendo una transformación muy grande: son consejeros.

JW: Pero la diferencia es que en los Estados Unidos, por ejemplo, hay tantas universidades en donde el intelectual puede refugiarse. Aquí en México no hay. Entonces el empleo del intelectual generalmente tiene que ser con el gobierno; parece que el gobierno absorbe a los intelectuales.

DCV: Bueno sí, sí, en eso tiene usted la razón. Hay unas diferencias muy grandes entre la posición del intelectual en los Estados Unidos y en México. El nexo del intelectual con el gobierno en México es un nexo casi inevitable, y es un nexo muy directo, muy visible; cosa que no ocurre en los Estados Unidos. Y desde ese punto de vista uno podría concluir que el intelectual

mexicano tiene más responsabilidades que las que tendría un intelectual en una sociedad en que hay una zona intermedia no gubernamental en que el intelectual se pueda mover. Eso desde luego que sí.

Ahora, visto así el problema, yo digo que una cosa en la que no concuerdan siempre los intelectuales mexicanos, y ciertamente no la practican es ésta: para mí, la responsabilidad de las decisiones políticas, tiene que estar en manos del político. Y el papel del intelectual es ofrecerle al hombre de acción los elementos de juicio necesarios, y ofrecérselos, no para despertar los prejuicios o para alimentar el *parti pris* tomado ya por el gobernante, sino para ilustrar al gobernante sobre los posibles caminos que puede seguir. Es decir, el intelectual, si es honrado intelectualmente, desempeña ciertamente una función muy importante en el gobierno mexicano.

JW: ¿El Colegio de México tenía respaldo del gobierno, y está hoy respaldado por el gobierno?

DCV: El Colegio de México desde su fundación ha recibido un subsidio del gobierno mexicano, un subsidio que ha ido creciendo por el tiempo y que no deja de ser importante en el día de hoy. Sin embargo, el gobierno nunca ha intervenido en la marcha de El Colegio de México hasta el día de hoy. Un caso de dos cosas buenas, simpáticas, importantes: por una parte, cierta generosidad del gobierno mexicano de no exigirle a El Colegio de México una retribución en especie, en adhesión o lo que sea. Y por otra parte —hay que decirlo— habilidad de las gentes que han dirigido El Colegio de México para ser amigos del gobierno pero no servidores del gobierno.

JW: Y el Fondo de Cultura Económica, con el que usted tuvo mucho que ver, ha tenido problemas. Está respaldado frescamente por el gobierno que ya tiene representantes en la junta de gobierno. Pero ha habido problemas con respecto a qué van a publicar. Por ejemplo el libro *Escucha Yanqui* de C. Wright Mills.³⁶

DCV: Bueno, mire usted, en el Fondo de Cultura Económica, me parece que hay que distinguir dos etapas: una primera etapa, digamos hasta el año de 1948, en que tanto el director del Fondo como los miembros de la junta de gobierno del Fondo, no perseguían más propósito que un propósito de cultura; es decir, de fomentar la cultura. Y desde ese punto de vista, ese grupo inicial de personas que gobernaron el Fondo no tuvieron nunca temor, por ejemplo, de publicar las obras de Marx, argumentando como es natural, que las obras de Marx forman parte de las fuentes de información y de reflexión de cualquier parte del mundo, y que es un actitud estúpida querer ocultar ese

³⁶ *Escucha Yanqui: La Revolución en Cuba*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

tipo de literatura. Pero, al mismo tiempo publicaban obras de otras escuelas con otros puntos de vista. Pero en todo caso, el fin de la publicación era un fin de cultura.

Esto ha cambiado del año de 1948 a esta parte porque el Fondo ha caído en manos, por una parte, de gentes que creen que deben aprovechar el Fondo para hacer una política suya propia. Le voy a citar a usted un simple ejemplo: en la vieja época del Fondo no se hubiera publicado el libro de Mills sobre Cuba, éste de *Escucha Yanqui --- Listen Yanqui*. ¿Por qué? No porque fuera un libro simpático o antipático a Castro, sino porque es uno de los libros más estúpidos que un profesor universitario haya escrito en su vida, simplemente por eso. Es decir, cuando usted sabe que este señor ha construido ese libro sobre la base de grabar en máquinas opiniones de cubanos y que este señor no sabía una palabra del español, y que en consecuencia no podía plantar preguntas ni saber lo que le contestaban, eso le da a usted una idea de la seriedad que puede tener este libro.

De modo que es incuestionable que el Fondo se ha desviado y que tiene una situación un poco curiosa en el sentido de que el Fondo recibe subsidios del gobierno federal ---en la junta de gobierno figuran personas prominentes del gobierno mexicano y sin embargo las publicaciones muchas veces son en abierta contradicción con lo que usted puede llamar la política exterior del gobierno mexicano.

JW: ¿Usted cree que antes de 1948 tenía el Fondo de Cultura un criterio más fijo a propósito de sus publicaciones?

DCV: Más equilibrado, diría yo. Es decir, no había una intención política oculta. Ésa es la diferencia.

JW: ¿Y después ha tenido una tendencia marxista?

DCV: Sí, claro, de eso no cabe la menor duda.

JW: Bueno, se dice que se vendieron más ejemplares en menor tiempo del libro *Escucha Yanqui* de los que se han publicado en el Fondo.

DCV: Bueno, mire usted, suponiendo que así fuera, eso después de todo no hace sino marcar la diferencia entre la etapa primera y la etapa segunda, porque una de las cosas atractivas y de interés que tenía el Fondo, es que publicaba libros no para ganar dinero con la publicación de los libros, sino con un propósito de cultura. Naturalmente que se elegían los libros esperando que estos libros se publicaran o se vendieran bien. Y le puedo citar a usted el caso por ejemplo de *Paideia*,³⁷ un libro de valor altísimo, reconocido

³⁷ Werner Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942-1945.

mundialmente, escrito por la autoridad máxima de la cultura griega, etc. Estos tomos de *Paideia* nosotros los publicamos y tuvimos la satisfacción de que en México y en los países de América Latina se vendiera mayor número de ejemplares y más rápidamente que la edición inglesa en los Estados Unidos y en Inglaterra. Y nosotros no vendimos más que cinco mil ejemplares de *Paideia*, pero nosotros, en primer lugar, no perdimos dinero, y en segundo lugar prestamos un servicio de cultura que usted no presta con la publicación del libro de Mills.

JW: Desde 1948, ¿quiénes han sido los intelectuales que han dirigido el Fondo?

DCV: Bueno, la junta de gobierno ha seguido prácticamente la misma que antes, exceptuando uno que otro elemento nuevo: el licenciado Antonio Ortiz Mena, por ejemplo, que es miembro de la junta de gobierno yo creo que hace unos seis o siete años, y el último es Agustín Yáñez, que debe haberse incorporado hace dos años. Pero no es mucho quiénes forman la junta de gobierno sino la participación que tienen en la dirección del Fondo de Cultura. En la época inicial, el director y los miembros de la junta trazaban los planes editoriales y a veces incluso discutían la publicación de ciertos títulos individuales. En la segunda etapa, los poderes o las funciones del director del Fondo son los decisivos. De modo que la junta de gobierno usted puede decir que está amparando con su nombre una labor editorial en el Fondo, no aprueba ella misma, por lo menos no toda la junta de gobierno.

JW: ¿Usted fue director, hasta cuando?

DCV: Bueno, yo creé el Fondo de Cultura Económica. Es decir yo establecí el Fondo de Cultura Económica y fui director hasta el año de 1948, en que renuncié para empezar a trabajar mi Historia. Y estuve todavía dos años como miembro de la junta de gobierno. Pero en el año de 1950 me separé total y definitivamente del Fondo.

LA DEMOCRACIA Y EL PARTIDO OFICIAL

26 de enero de 1965
Ciudad de México

JW: Ya hemos discutido y hablado del siglo XIX y su fin en la Revolución, el Porfiriato y su fin en la Revolución, y hemos hablado del periodo hasta 1940. Falta hablar de los últimos veinticinco años de la historia de México.

Usted ha hablado mucho de la democracia y la necesidad de la democracia, y eso destaca en nuestras entrevistas con usted y además en sus escritos. En *Cuadernos Americanos* en 1947 publicó "La crisis de México",³⁸ en donde hablaba de la democracia de los trabajadores y de cómo no había funcionado bien: los trabajadores tenían demasiado poder, los industrialistas y los capitalistas no tenían confianza en el sistema. Hablaba de la posibilidad de dos partidos, y del hecho que existía un solo partido luchando bajo la bandera de la Revolución pero sin moral, sin honestidad, sin ideología, todo en bancarrota. Hablaba de "la familia revolucionaria" y su sistema, y predijo que probablemente (eso fue en 1947) si antes de 1953 no se llevaba a cabo una renovación del partido oficial, tal vez los partidos conservadores podrían entrar al partido oficial, tal vez con una ligera reforma del sistema electoral que podía ofrecer la oposición: una manera de pensar que estuviera en el gobierno, dentro de posiciones de poder, pero sin la oportunidad de hacer una oposición efectiva. ¿Es eso lo que actualmente pasó con la reforma electoral de 1963 y en las elecciones de 1964?

DCV: Bueno, déjeme usted que le diga en primer lugar, que una de las cosas más fantásticas que a mí me ocurren es que una vez que yo escribo y publico una cosa, la olvido, y en consecuencia, no estoy enteramente seguro de que la síntesis que usted acaba de hacer de mis ideas en este ensayo sobre "La crisis de México" sea una interpretación fiel o no, de lo que yo dije entonces. Pero en todo caso, voy a tomar nada más el problema en su situación actual. Mi impresión general es ésta: que el partido principal de oposición, que es el Partido Acción Nacional, es un partido que ha tenido una historia de unos 25 años, en la cual distingue usted tres etapas. Una primera, un espíritu de agresividad o de actividad muy grande, que le conquista bastante repercusión al partido y que llega a poner en aprietos al partido oficial y al gobierno en algunas elecciones, típicamente la elección del alcalde y del gobernador de Nuevo León hace unos diez años, quizás. Luego, tiene el Partido de Acción Nacional una segunda etapa que aun cuando tiene alguna actividad, tanto en las elecciones locales como en la elección general o presidencial, su actividad indiscutiblemente disminuye. Y creo que podemos discernir ahora una tercera etapa en la cual Acción Nacional recobra un nuevo vigor que en gran medida proviene de estas reformas electorales del año pasado.

Sin embargo, yo tengo la impresión de que la fuerza de Acción Nacional, de este partido, es una fuerza política limitada. Y es limitada por muchas razones, pero las principales son éstas: es un partido que no tiene propia-

³⁸ *Cuadernos Americanos*, 6:2, pp. 29-51.

mente un apoyo popular; es un partido cuyos dirigentes y cuyos miembros en su gran mayoría son gente de clase media, de clase media baja o de clase media alta, pero con escaso apoyo popular propiamente. Y, en consecuencia, el partido no es fuerte, ni numéricamente hablando —porque la clase más numerosa es la popular— ni tampoco tiene el vigor que da la clase popular a un partido político. Eso, por una parte.

Por otra parte, Acción Nacional, contra lo que pueda creerse, no cuenta con ciertos apoyos con los que debería contar —digamos típicamente, la Iglesia Católica. Porque tanto la extracción de los dirigentes de Acción Nacional como su programa, coinciden con los intereses de la Iglesia Católica, y sin embargo, la Iglesia Católica nunca le ha dado un apoyo abierto, ostensible a Acción Nacional, y dudo mucho de que se los dé, aun callada o silenciosamente.

¿De qué depende esto? Pues depende fundamentalmente de dos cosas: la primera es que la Iglesia Católica compone una de las fuerzas políticas más sagaces que hay en todo el mundo, y particularmente en España y en los países latinoamericanos. Y la Iglesia Católica se da cuenta de que si trata directamente con el gobierno una situación de hecho para la Iglesia Católica, y que esta relación de entendimiento callado o disimulado entre la Iglesia Católica y el gobierno se podría estropear y se estropearía, si la Iglesia Católica resolviera apoyar de un modo claro, ostentoso y vigoroso a un partido político de oposición. Es decir, para hablar en la terminología de la ciencia política, prefiere ser un grupo de presión a un partido político. Por otra parte, una de las razones muy importantes que limitan también la fuerza de Acción Nacional es presentar un programa político o económico-social que sea francamente distinto del que sustenta el partido oficial llamado PRI. Es decir, que el partido de Acción Nacional se encuentra un poco en la situación en que los norteamericanos creían que Rockefeller estaba frente a Kennedy, republicano liberal o de izquierda, vamos a decir, que se confundiría en buena medida con un candidato a la presidencia demócrata, como era Kennedy. No ha logrado diferenciar su plataforma política.

Y luego, finalmente, aun dentro de esa plataforma no muy original de Acción Nacional, las cosas en las que Acción Nacional se distingue o quiere distinguirse del partido oficial son cosas menores y son cosas que han perdido cierta vigencia. Por ejemplo, Acción Nacional disputa mucho la sabiduría o la justificación del artículo III de la Constitución, que es un artículo anticlerical y que condena a la Iglesia, o al menos en teoría y en principio a tener un papel muy limitado en materia educativa.

De modo que Acción Nacional sostiene en este punto, que debiera dejarse una libertad completa al padre de familia para determinar si su hijo

debe o no recibir instrucción católica en las escuelas. Bueno, éste es un "issue", en primer lugar, que se ha venido arrastrando durante toda la historia de México. Tiene ciento cincuenta años de discutirse sobre esto. De modo que es un "issue" muy gastado. Eso, por una parte, y por otra es muy discutible, técnicamente hablando, si los padres están en condiciones mejores para determinar el curso de la educación de sus hijos que los profesores, o sea gente que ha sido especialmente preparada para la tarea de educar a los niños.

De modo que, repito, hay una variedad de factores que limitan la fuerza de Acción Nacional. Sin embargo, Acción Nacional desempeña en el panorama político de México un papel muy importante. En primer lugar, le da al gobierno la demostración de que México vive en un régimen democrático, puesto que existen partidos de oposición que entran a las elecciones, aun cuando muy pocas, etc., etc. El Partido Acción Nacional le sirve al gobierno para hacer lo que ustedes llaman en inglés ---y que es una de las expresiones que a mí me enamoran más de la lengua inglesa--- el "shadow boxing", es decir, el pelear con una sombra. Pero en fin, pelear, y conservarse ágil y dispuesto a la lucha.

Ahora, por otra parte, yo tengo la impresión de que la situación del partido oficial en este momento es bastante crítica; porque uno puede suponer y estar casi seguro que el Partido Nacional Revolucionario,³⁹ que el Partido de la Revolución Mexicana,⁴⁰ o Partido Revolucionario Institucional,⁴¹ que este partido oficial representó en sus orígenes todo el programa de la Revolución Mexicana, es decir, un movimiento que en primer lugar había sido victorioso desde un punto de vista militar, que había sido victorioso desde un punto de vista político, y que había sido victorioso, desde un punto de vista ideológico. Esto quiere decir que era un partido que tenía la representación genuina de los intereses de la mayoría. Estas cosas se han cambiado con el tiempo. De modo que hay dudas entre lo que puede llamarse el pueblo mexicano, respecto a la verdadera sustancia que pueda tener el Partido Revolucionario Institucional, como se le llama hoy.

Por otra parte, yo no dejo de hacerme esta reflexión, que para mí es muy importante, y tengo de hecho escrito un ensayo sobre este tema. Entre los escritores norteamericanos que estudian las cosas políticas de la América

³⁹ Fundado en 1929; sobre el partido oficial y los otros partidos en México, ver la obra importante publicada en 1970 por Antonio Delhumeau Arrecillas (de.), *México: realidad política de sus partidos; una investigación psicosocial...*, México, Instituto Mexicano de Estudios Políticos.

⁴⁰ El PRN cambió de nombre al PMR en 1938.

⁴¹ El PMR cambió de nombre al PRI en 1946.

Latina, en los últimos años se ha puesto de moda el distinguir tres tipos de organización política en los países de la América Latina. En un tipo está el régimen dictatorial, régimen muy conocido en la América Latina, y que todos los países de la América Latina han sufrido. En un segundo grupo estarían los países que como Chile o Costa Rica, viven dentro de un régimen de multiplicidad de partidos políticos. Y, en un tercer grupo, estarían países que, como Bolivia (sobre todo antes del último golpe militar)⁴² y México, viven bajo el régimen de un partido único o de un partido predominante.

Bueno, si limitamos nosotros la reflexión al caso de Chile, para no complicar más las cosas, tenemos que llegar a esta conclusión: es absolutamente indiscutible que en Chile existen varios partidos políticos que luchan por el poder, que luchan en la forma más puramente democrática, con una prensa libre, sin presión gubernamental, etc., etc. Esto me parece que es indiscutible. Y, sin embargo, uno tiene que convenir en que el progreso material de Chile no es paralelo con esta salud política democrática que guarda Chile. Usted sabe que ya en Chile un escritor chileno, Aníbal Pinto Santa Cruz, un escritor chileno inteligente y agudo, ha escrito un libro que se titula *Chile: un caso de desarrollo frustrado*.⁴³ En efecto, si usted contempla el estado económico y social de Chile, se ven progresos muy escasos, muy escasos. Chile sigue con el eterno problema de tener dos únicos renglones de exportación: el salitre y el cobre, que no le dan bastantes divisas con las cuales pagar el equipo para su desarrollo industrial; un país sujeto a un fenómeno de inflación desde el año de 1925 que naturalmente, entre muchas consecuencias, ha traído la de rebajar el poder de compra real de los obreros, y de toda la gente que vive de ingresos fijos; un país que hasta ahora principia a pensar en iniciar una reforma agraria que debía haberse consumado desde hace muchos años.

Si usted compara esta situación con la de México, la de un país que vive bajo el régimen de un partido predominante, la situación es muy distinta porque es incuestionable que México ha avanzado en sus progresos de carácter social muy importantes, a pesar de que México no ha vivido dentro de un régimen de multiplicidad de partidos, ni la lucha democrática es aquí tan limpia y tan clara como lo es en un país como Chile, o como Costa Rica. Esto me da a entender a mí que hay otros factores que no son los puramente políticos que cuentan al final, porque uno tiene que convenir que los chilenos

⁴² El 4 de noviembre de 1964; sobre Bolivia, ver James W. Wilkie, *The Bolivian Revolution and U.S. Aid Since 1952*, Los Ángeles: UCLA Latin American Center Publications, University of California, 1969.

⁴³ Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

pueden estar muy satisfechos, orgullosos inclusive, de su vida política, y sin embargo tienen que estar desesperados porque sus progresos económicos son despreciables; es decir son muy limitados.

No nos lancemos a especular qué peso tienen en la vida general de un país los factores políticos y los factores económicos, etc. Limitemos el problema de las cosas. Desde este punto de vista uno tiene que convenir que hasta ahora el PRI, o el partido oficial de la revolución, ha tenido esta enorme ventaja que no ha logrado ningún país de la América Latina, y es mantener dentro del PRI a todo el grupo de fuerzas progresistas del país, admitiendo por supuesto que en este grupo de fuerzas progresistas en el país hay una gran variedad de tonos: hay una persona como este señor Enrique Ramírez y Ramírez, que es el director del periódico *El Día*, que se supone que es un hombre muy de izquierda; o Alejandro Carrillo, que es diputado ahora y que ha sido uno de los elementos cardenistas más señalados. Pero repito, el PRI ha sabido mantener dentro del partido a todas las fuerzas progresistas del país.

Esto le ha dado al país entonces un signo evolutivo del progreso, de cambio, que no ha ocurrido en otros países que viven dentro del régimen de multiplicidad de partidos.

Cuando usted encuentra por ejemplo en Venezuela, que es un país de una historia política muy desafortunada y muy triste, que al fin Venezuela se endereza con Rómulo Betancourt, que tiene un gobernante inteligente, un gobernante limpio, un político experimentado con un partido político importante, vienen estas últimas elecciones presidenciales y entonces encuentra usted, por una parte, al candidato del Partido Acción Democrática, al actual presidente de Venezuela, y por otra parte encuentra usted a una persona como Arturo Uslar Pietri, un escritor tan distinguido, un hombre tan inteligente, que representa en su país muchas cosas, que resuelve él mismo lanzar su candidatura presidencial, y ninguno de estos candidatos triunfa. Pero lo cierto es que con este procedimiento democrático se debilitan los partidos políticos que tienen mayor viabilidad y que representan intereses colectivos importantes.

El PRI ha tenido esta función de evitar que gentes como Arturo Uslar Pietri y Wolfgang Larzazábal salgan del PRI para lanzar candidatos cuya consecuencia no sea la victoria de ellos sino el debilitamiento del partido.⁴⁴

Uslar Pietri sacó seiscientos mil votos en la elección; fue el candidato que consiguió la votación más alta en Caracas, la capital de la República; pero no

⁴⁴ En 1963 y 1958, respectivamente.

ganó la elección presidencial. ¿Y cuál fue la consecuencia de esto? El debilitamiento del candidato del Partido Acción Democrática.

¡Si en alguna forma, ya sea porque todos estén dentro de un partido o porque los varios partidos tuvieran una plataforma progresista, uno pudiera contar con la esperanza de que este régimen de multiplicidad de partidos y de lucha democrática, muy a la europea, muy a la norteamericana, fuera síntoma bueno de la salud en general!

Ahora usted me dirá: "Esto quiere decir que la organización del PRI es perfecta", y mi respuesta sería:

—No, es muy imperfecta, y yo creo que debe cambiarse. Pero de la experiencia del PRI nosotros los mexicanos debemos sacar lecciones que son muy importantes.

Y de hecho déjeme usted que le diga que todos los países africanos han venido a estudiar la organización y el funcionamiento del PRI en México, porque les ha llamado la atención la existencia de un partido único, o predominante, pero con un signo progresista.

JW: Bueno usted dice que la situación del PRI en estos días es bastante crítica. ¿En qué sentido es crítica? ¿No pueden haber todas las tendencias dentro del Partido (como dice Robert Scott en su libro *Mexican Government in Transition*),⁴⁵ o es posible que el PRI tenga que fragmentarse?

DCV: Mire usted, para mí la cosa que me preocupa del PRI es esto: que uno siente la impresión de que no tiene un sustento popular. A pesar de que represente, diga usted, los intereses del pueblo, no es un partido que tenga un sustento popular tan genuino, tan auténtico como debería tenerlo. Es decir, usted se acuerda de la famosa definición de Lincoln sobre la democracia: "Un gobierno del pueblo, para el pueblo, y por el pueblo". Pues bien, el PRI usted puede decir que da un gobierno "para el pueblo"; pero no es un gobierno "del pueblo", ni "por el pueblo".

JW: Referente a la familia revolucionaria, hay personas como Frank Brandenburg, que en su libro *The Making of Modern México*⁴⁶ dice que en la familia revolucionaria se permite la entrada a la cosa pública a participantes de nuevas generaciones y que no hay un sistema cerrado como existía en los últimos años del porfiriato con los científicos.

⁴⁵ Urbana, University of Illinois Press, 1959.

⁴⁶ Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1964.

Pero parece que esta interpretación es exagerada, porque aquí en 1964 no hemos visto muchos cambios importantes en el gobierno. Por ejemplo, Antonio Ortiz Mena se quedó en el ministerio de Hacienda y muchas personas fueron ratificadas como directores de las agencias descentralizadas. Parece que hay una familia revolucionaria en que los mismos nombres han seguido de régimen a régimen.⁴⁷

Por lo menos durante la presidencia de Cárdenas parece que esa tradición de nombrar a las mismas personas, en diferentes puestos, fue descontinuada y es posible que eso haya contribuido un poco a las dificultades en las elecciones de 1940. Pero después ya todos han vuelto a la tradición: Jaime Torres Bodet, por ejemplo, ha quedado como secretario de Educación dos veces., 1943-1946 y 1958-1964.

Ernesto Peralta Uruchurtu es regente del D.F., ya por doce años y va a seguir otros seis.⁴⁸ Esto es casi una dictadura.

DCV: Bueno, el fenómeno que usted señala, es decir de que el PRI representa o da la posibilidad de cierta renovación es cierto; pero no la da en la magnitud que debería tener. Es incuestionable que lo que llama "la familia revolucionaria" es una familia demasiado poco numerosa. Y es una familia que cuida muy bien de sus intereses; que tiende a constituir una oligarquía. Para mí, repito, la cosa más importante es esta: que la gente del pueblo, el campesino y el obrero ---no a través de sus sindicatos, no, sino de un modo más directo--- no tenga más peso en las decisiones electorales de lo que debería tener.

JW: El partido está constituido para que los sectores de campesinos, de trabajadores, de obreros, puedan ejercer sus fuerzas, sus ideas sobre el Partido y la nación. Pero parece que verdaderamente no tienen mucha voz.

DCV: Bueno, esto es una cosa muy distinta: una organización teórica en el papel; y el funcionamiento real en la vida. El mexicano para discurrir cosas bonitas en el papel tiene verdadero genio; pero no siempre su genio lo acompaña a practicar lo que escribe.

JW: ¿Qué piensa usted de la reforma electoral? ¿Confirma lo que usted escribió en 1947, que tal vez había la necesidad de que la oposición al fin y al cabo se uniera con el partido oficial de una manera u otra? En esta elección de 1967 el PAN ganó menos curules de las que había antes ganado.

⁴⁷ Cfr. Peter H. Smith, "Continuity and Turnover within the Mexican Political Elite", en James W. Wilkie, Michael C. Meyer, Edna Monzón de Wilkie (eds.), *Contemporary México; Papers of the IV International Congress of Mexican History*, Berkeley; and México City: University of California Press and El Colegio de México, 1976, pp. 167-186.

⁴⁸ Nombrado regente del D.F., en 1952, Uruchurtu perdió su puesto en 1966.

Muchos menos: uno, en comparación con cuatro, cinco o seis de antes. No obstante, muchos puestos de diputados de partido los obtuvo el PAN. Esto debe ser un compromiso, pues la manera en que el congreso se dedicó a repartir estas curules no tiene base en la ley, ni en la Constitución, ni nada; fue un regalo.⁴⁹ Y un regalo como ése se puede suspender en cualquier minuto. ¿Entonces el PAN con qué queda?

DCV: Yo tengo la impresión de que en el fondo la cosa defectuosa es que los resultados de la lucha electoral no se reflejan de un modo fiel u honesto en el número de curules o de puestos en los gobiernos municipales, etc. Es decir, que se trata de un reparto de favores.

JW: El PAN se ha quejado mucho de los libros de texto gratuitos. ¿Cree usted que los libros de texto gratuitos han tenido éxito? Tienen ventajas o es un poco peligroso que sólo se tenga un texto oficial ideado por la Revolución?

DCV: Bueno, mire usted, yo tengo la impresión de que, en primer lugar, esta decisión del gobierno del libro gratuito es buena en el sentido de que es incuestionable que es una ayuda económica a los padres de familia para que no tengan ese gasto. Por otra parte, es un poco discutible la idea de que el profesor o los niños o los padres de familia deberían tener una elección libre entre cuatro o cinco libros de texto. Se trata de la educación primaria de cursos absolutamente elementales, y en consecuencia si el gobierno le da la tarea de escribir estos textos a gentes capacitadas para hacerlo, el daño que se hace es una cosa más teórica que de hecho. Es una cosa distinta cuando usted piensa ya en un muchacho de más edad en que ya parte de la educación del muchacho, y, si usted quiere, una parte esencial, consiste en darle al muchacho la posibilidad de que elija entre dos tesis, entre dos ideas y que él mismo vaya cultivándose y creando un espíritu propio o libre. Si un texto único uniforme se llevara a todos los grados de la escuela, la cosa sería distinta. La única objeción que se le podría hacer a este libro de texto es que el libro de texto fuera tendencioso. ¡Esto sí sería una objeción! Y yo dudo mucho de que en este aspecto Acción Nacional tenga la razón.

JW: Bueno, usted indudablemente se ha fijado que en la historia de México hay por lo menos dos tendencias, dos corrientes. Los de tendencia antiliberal

⁴⁹ La reforma de la Ley electoral en 1963 permitió representación de cinco curules en la Cámara de Diputados para cada partido que obtuviera 2.5 por ciento de los votos, comenzando con la elección nacional de 1964; aunque unos partidos de oposición (el PPS y el PARM) no ganaron el porcentaje requerido, fueron dotados con representación para "cumplir con el sentido de la ley". Fue hasta la revisión de la ley electoral en 1973 cuando el porcentaje mínimo fue reducido a 1.5 por ciento, que da derecho a las cinco curules, manteniendo la previsión de dar incremento en curules por cada 0.5 por ciento más, hasta 25, que antes era 20.

ven en su historia a sus héroes en Cortés, en Iturbide y en Lucas Alamán; en Miramón, en personas de esta talla. Los revolucionarios ven a sus propios héroes y al escribir sus libros de texto, ¿quiénes son los héroes que se destacan? Son Cuauhtémoc, Gómez Farías, Benito Juárez, y llegan hasta Carranza. La Revolución dice: "Todos, desde Carranza a Obregón, todos son nuestros héroes". No admiten que hay discrepancias entre los hombres de la Revolución. Pero al existir estas dos corrientes, ¿no será que les es fácil apoderarse y adoctrinar al niño en la trayectoria revolucionaria en vez de tener que presentarle luego o en años más tarde con tantas trayectorias que él pueda escoger?

DCV: Bueno, mire usted, en primer lugar, uno tiene que admitir que esta situación (vamos a exagerarla) de decir que en México existen dos historias es una realidad; que es una realidad completa. De modo que no es una cosa como si dijéramos que invente el gobierno mexicano al hacer un texto, sino que el gobierno mexicano simplemente se pone del lado de la versión, digamos, liberal de la historia de México. Pero, mire usted, a mí lo que me gustaría es hacer esta experiencia: pedirle al Partido de Acción Nacional que redactara los libros que él desearía que se usaran en las escuelas, y que la versión oficial del gobierno, el de los actuales textos gratuitos, y la versión que propusiera Acción Nacional pudieran ser comparadas y cotejadas. Ésta sería una forma.

Es decir, a lo que me refiero es a lo siguiente: Acción Nacional dice: "El texto gratuito del gobierno es condenable, y es condenable porque es tendencioso; debe haber libertad, etc., etc."

Esto es plantear el problema en un terreno un poco demagógico y en un terreno de especulación y usted puede argüir todo el día, toda la noche, y todas las semanas, etc., sin llegar a un propósito.

A mí lo que me gustaría es que Acción Nacional dijera: "Éste es el libro de Historia de México que yo propongo". Y esto sería bonito, y al fin y al cabo son libros que tienen veinticinco o treinta páginas, de modo que no cuesta, y que Acción Nacional publicara esto en los periódicos, de modo que nosotros los historiadores que presumimos de tener un cierto sentido de imparcialidad pudiéramos ver cuál es la versión que apoyaría Acción Nacional. Es decir, Acción Nacional debe decir claramente qué objeta a los libros gratuitos de texto porque es una versión tendenciosa de la historia. Eso es lo que debería hacer. Eso es lo que debería de hacer; pero no decir que es una mala acción del gobierno distribuir gratuitamente un libro, o que se presenta una única versión. Lo que debe decir Acción Nacional es que quiere una versión equilibrada de la Historia de México. Esto sería otra cosa.

JW: ¿Cree usted como historiador que los libros de texto deben ser escritos con una continuidad, demostrando que el liberalismo del siglo XIX es muy parecido, o que es el antecesor del liberalismo del siglo XX, que este último es un liberalismo completamente diferente pero que existe una línea continua con el antecesor?

Jesús Reyes Heróles, en sus tres tomos,⁵⁰ ha demostrado su satisfacción con los primeros congresos de 1821, 1823, 1824 diciendo que éstos fueron los precursores de la Constitución de 1917 en una línea directa. Pero a mí me parece muy forzado porque creo que no tiene nada que ver un liberalismo con el otro. *DCV*: Bueno, no sé. La única cosa que usted puede decir de la historia de México, hablando por supuesto en términos muy gruesos, es que existe una indudable tradición liberal en México, como existe una indudable tradición conservadora en México: una dicotomía, una división, ¡no sé! mucho más pronunciada quizás en México que en otros países debido a circunstancias muy especiales de la historia de México. De modo que, en qué medida puede resultar quizás forzada esa tesis que usted le atribuye a Reyes Heróles en el sentido de ser antecedentes muy directos del Congreso, no lo sabemos, pero no se puede negar que existe una tradición liberal en México, y una tradición continua.

JW: Pero tenemos por ejemplo los gobiernos liberales del siglo XIX, que siendo federalistas, tratan de quitarle al Estado la dirección de la economía y de todo eso. Y al llegar al siglo XX encontramos que todo es absolutamente al revés; que los conservadores del siglo XIX tienen más en común con los liberales de los gobiernos de la Revolución, que los liberales del siglo XIX tienen con los conservadores del siglo XX.

DCV: Bueno, desde el punto de vista del federalismo y el centralismo, puede usted decir que sí, que la tesis conservadora centralista es la que ha acabado en la práctica por triunfar en México. ¡Esto es indudable!

JW: En la dirección de la economía del estado.

DCV: Sí.

CALIFICANDO A LOS PRESIDENTES DE MÉXICO

JW: Quisiéramos ahora, como lo hacen en los Estados Unidos los historiadores, calificar a los presidentes mexicanos más destacados en su orden de importancia. En los Estados Unidos juzgamos que el presidente más impor-

⁵⁰ *El liberalismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957-1961.

tante es aquel que ha engrandecido el poder federal y el que más ha durado en la presidencia. Por eso siempre se dice que Franklin Delano Roosevelt fue uno de los presidentes más destacados, si no el más poderoso de los presidentes en nuestra historia: y lo dicen porque Roosevelt logró que el poder federal llegara a ser muy grande.

Según usted, ¿cuál ha sido el presidente más importante; el que usted pudiera escoger dentro de toda la gama que ha habido?

DCV: Bueno, ¿usted pregunta de todos los presidentes de México?

JW: En el siglo XX, desde 1920, desde Carranza para adelante.

DCV: ¡No sé! Mire usted, es difícil, es difícil decir que alguno deba sobresalir de un modo extraordinario. Claro, si usted dice de 1920 a la fecha, y me pone usted la pregunta a decir: "Proponga usted un único nombre, un único presidente", y no un análisis un poquito más detallado, más equilibrado, yo no vacilaría en decir que Cárdenas es el presidente más importante de la Revolución. Pero esto no quiere decir, por una parte, que yo no creo que otros presidentes del periodo revolucionario de México tengan una gran importancia, por ejemplo en el caso de Obregón.

Obregón, en primer lugar, fue el hombre que militarmente hizo posible la Revolución Mexicana. Y esto ya es una cosa importante. En segundo lugar, Obregón era un hombre extraordinariamente inteligente, un político de primer orden, y es el primer presidente de la Revolución Mexicana, pasado el periodo de lucha interna o de destrucción del régimen de la Revolución Mexicana, cuando se inicia digamos, la etapa constructiva de la Revolución Mexicana. Es el primero que echa a andar cierto tipo de cosas. Por ejemplo, Obregón es el primer gobernante de la Revolución Mexicana que entiende que el problema agrario, o la reforma agraria, no consiste simplemente en distribuir la propiedad, sino que al campesino convertido en ejidatario hay que darle elementos económicos y técnicos que hagan viable, lucrativa, su explotación agrícola. De modo que Obregón es el primer hombre que crea el Banco Nacional de Crédito Agrícola.⁵¹ Esto no es un mérito escaso porque se ve que era un hombre con una concepción más redonda de los problemas de México.

Y yo le diría a usted también que Calles fue un hombre que tuvo ciertos méritos incuestionables, un hombre que también inició cierto tipo de cosas de carácter constructivo muy importantes para México, por ejemplo, las

⁵¹ Aunque bajo Obregón fue promulgada la Ley sobre Bancos Refaccionarios de 29 de septiembre de 1924, fue hasta la época de Calles cuando se estableció la Ley de Crédito Agrícola el 10 de febrero de 1926 y el Banco Nacional de Crédito Agrícola el 15 de marzo de 1926.

escuelas regionales de agricultura, que fue un paso más, tanto en la admisión de que el problema agrario era un problema de más fondo y de más complicación que lo que los primeros revolucionarios habían presentado. De modo que es gente que no deja de tener méritos. Yo diría particularmente Obregón, un hombre que me parecía que tenía méritos muy grandes. Uno de los méritos de Obregón que yo recuerdo siempre, es que Obregón es el único gobernante de la Revolución que puso una confianza completa en un intelectual, en José Vasconcelos. Y esto para mí tiene cierto mérito especial. *JW*: ¿Podemos decir que Cárdenas es número uno, Obregón dos, y Calles tres?

DCV: Probablemente sí; probablemente sí.

JW: ¿Y Alemán, que ha tenido tanta importancia después de 1940?

DCV: Bueno, mire usted, yo creo que Alemán representa ciertas cosas buenas; por ejemplo, confianza en que México puede desenvolverse y progresar, etc. Tiene al mismo tiempo limitaciones muy grandes; un concepto ostentoso de la obra del gobierno; la creencia de que toda obra de gobierno tiene que ser una obra de carácter material; que se vea en un edificio, cierto tipo de concepciones muy equivocadas, y que por desgracia han seguido sus sucesores en muy buena medida.

JW: Usted no escogió a López Mateos para ponerlo en primer lugar. Esto está muy fuera de lo corriente, porque según los periódicos de estos últimos años López Mateos es sin duda el presidente más importante que ha tenido México.

DCV: No, no, no, no lo creo. Mire usted. Yo tengo la impresión de que el presidente López Mateos es un hombre que tenía ciertas cualidades de gobernante incuestionables. Por ejemplo, era un hombre capaz de despertar afecto en las gentes; era un hombre cordial, un hombre expresivo, un hombre ingenioso, un hombre que se daba rápidamente idea de la posición de las gentes, del juego de los intereses; muy desenvuelto en su modo personal de ser, buen orador; un hombre con una palabra fácil; un hombre que tenía una idea bastante clara del mundo intelectual mexicano, y luego, claro, un hombre que impulsó al país en muchos aspectos. Pero al mismo tiempo López Mateos fue un hombre que tenía limitaciones muy grandes.

JW: Si podemos decir que Álvaro Obregón fue escogido para la Presidencia por haber sido el militar más destacado de la Revolución; que Plutarco Elías Calles llegó a ser Presidente porque era del norte y porque se ganó a los trabajadores, y fue quien, una vez en la presidencia, puso todo su empeño en el desarrollo de la infraestructura; si podemos decir que Emilio Portes Gil llegó a la presidencia en un momento propicio porque existía una gran demanda por la continuación de la reforma agraria; si podemos decir que

Pascual Ortiz Rubio subió a la presidencia cuando a todas luces la influencia de Wall Street andaba por los suelos, y quien como Calles, tenía la firme convicción en el desarrollo de la infraestructura con métodos capitalistas; si podemos decir que el capitalista Abelardo Rodríguez llegó a la presidencia diciendo que el capitalismo estaba hecho pedazos, y que dio principio a los cambios sociales; si podemos decir que Lázaro Cárdenas llegó a la presidencia cuando la crisis mundial estaba en lo peor, y que se puso del lado de los trabajadores permitiendo las huelgas y dándole a la reforma agraria todo el énfasis posible; si Manuel Ávila Camacho llegó a la Presidencia en los momentos precisos cuando la Revolución Mexicana necesitaba que se afianzara la unidad; si podemos decir que Miguel Alemán llegó cuando se hablaba de que la industrialización era necesaria para el progreso del país, así como los recursos hidráulicos, y las obras públicas; si podemos decir que Adolfo Ruiz Cortines llegó a ser presidente cuando había que ponerle fin —como él decía— a la corrupción que se había generalizado, siguiendo no obstante los programas del régimen anterior pero de una manera más honesta; si podemos decir que Adolfo López Mateos llegó a la presidencia en el momento que había necesidad de equilibrar el presupuesto nacional en lo administrativo, económico y social, que hizo reparto de tierras, pero frenando y evitando los problemas del trabajo; entonces nos preguntamos: ¿Por qué entró López Mateos cuando había tantas huelgas en el país?, ¿por qué escogió López Mateos a Gustavo Díaz Ordaz para presidente en 1964?

Yo diría que la razón es que cada hombre representa a sus tiempos. La excepción sería Ortiz Rubio en 1929, cuando a Wall Street ya no se le tomaba por líder como anteriormente y en efecto durante los años de 1930, 1931, 1932, todo el mundo perdía fe en Wall Street, y muchos veían hacia la URSS para ver el resultado de un nuevo experimento. Con estos antecedentes a Ortiz Rubio no le fue posible gobernar con éxito. Pero podríamos decir que en México no es la política la que ejerce el poder, sino que el PRI por lo general ha sabido escoger al mandatario; que el partido oficial ha podido escoger al hombre que estuviera más en consonancia con los tiempos para poderse enfrentar a los tiempos.

Al parecer López Mateos escogió a Díaz Ordaz como su sucesor por tratarse de un hombre del centro que lograría mantener a la izquierda en posiciones débiles y así poder consolidar “los avances logrados por la Revolución”. Después de tantas huelgas, y de los cambios de izquierda en el mundo como el de Fidel Castro, México tal vez tenía necesidad de un hombre más céntrico.

¿Cree usted en la interpretación que se hace de que los hombres surgen a su debido tiempo? Según esta interpretación, ¿qué es lo que representa Díaz Ordaz?

DCV: Yo no sé. No me entusiasma mucho la idea de que México ha tenido un presidente para hacer una cierta función en un momento dado. No me entusiasma mucho esta explicación. Una cosa distinta es que las cosas hayan ocurrido así en virtud de otros factores, y que usted pueda sacar la conclusión de que éste es un país afortunado porque los presidentes llueven del cielo y sin embargo desempeñan una función acorde con el momento en que les toca gobernar. Pero, en fin, independientemente de eso, no sé. Mire usted, no me costaría un cierto esfuerzo el pretender encontrar razones que pudieran justificar la designación de Díaz Ordaz como candidato del PRI, sea que esa designación la haya hecho única y exclusivamente López Mateos, o que la haya hecho una serie de personas y de factores.

Yo le decía que es difícil tratar de precisar qué razones han podido determinar la designación de Díaz Ordaz como candidato del PRI. Algunas de carácter muy general y en cierta forma obvias podría usted señalar. En primer lugar la selección del candidato del PRI se hace dentro de un número muy limitado de personas. De modo que la probabilidad de que le tocara al señor Díaz Ordaz no dejaba de ser una mala probabilidad. Si esta selección se hace entre quince mil posibles candidatos, pues las posibilidades de él son las que yo tengo cuando entro a la Lotería Nacional, yo juego contra cincuenta mil o contra cuarenta y nueve mil personas. Cuando una elección para un puesto de éstos se hace en realidad en un grupo que no llega a las seis u ocho personas no es mala la probabilidad que tienen esas seis u ocho personas.

Ahora, ¿qué otras razones podrían militar en favor de Díaz Ordaz que no militaran a favor de otros posibles candidatos? ¡No sé! Quizás la idea de que tenía, por razón de su función como secretario de Gobernación, un contacto claramente mejor con los secretarios políticos del país, sobre todo los ajenos a la capital de la República. Porque uno debe partir del principio de que la política que se hace en la capital de la República la dirige mucho más directamente el Presidente de la República que el secretario de Gobernación. Pero todo lo que es la política fuera de la capital de la República, en buena medida la maneja el Secretario de Gobernación, y de un modo indirecto el Presidente de la República. Y no sé si ciertos rasgos personales de Díaz Ordaz, de ser, por ejemplo, una persona poco ostentosa, haya podido ser un elemento en contra de esto; también el rasgo de un sentido de autoridad o de carácter que se le atribuye a Díaz Ordaz, y que se supone que es un elemento bueno para gobernar un país al fin y al cabo difícil y complicado

como es México. Y en buena medida quizás cuenten factores de carácter negativo que cuentan mucho en este tipo, en estos procesos de selección, el que la persona que tenga menos enemigos.

JW: Parecía que él tenía más.

DCV: No, no. ¿Parecía que él tenía más qué? No se trata de un juicio absoluto, sino de un juicio relativo. Diga usted, por ejemplo, para citar un caso concreto, estoy absolutamente seguro que Uruchurtu tiene más enemigos o tenía más enemigos que Díaz Ordaz. Es decir, suscitaba más polémicas, más controversias. En el caso de Díaz Ordaz, no. En cierta forma usted puede decir que le ayudaba a Díaz Ordaz a tener esta posición de pocos enemigos el hecho de que hubiera sido una figura un poco oscura en el gobierno de López Mateos. Es incuestionable que aun figuras menores de la jerarquía oficial del gobierno, por ejemplo, Benito Coquet, tenían una posición más ostensible, más visible de la que tenía Díaz Ordaz. Y supongo que contaron también factores de carácter personal porque López Mateos y Díaz Ordaz coincidieron en el senado; los dos fueron senadores al mismo tiempo, se trataron; hubo conocimiento personal. No se me ocurren otras.

JW: Siempre tenemos que el personalismo sigue siendo un factor muy importante en la política de México aunque se hable de un partido institucional.

DCV: Bueno, yo creo que sí, es decir, vuelvo un poco a mi idea de que esta elección del Presidente de la República, la designación del candidato del PRI la hace en realidad un número muy limitado de personas, fundamentalmente el presidente saliente, y que en consecuencia cuenta mucho la relación de amistad o de reconocimiento que tenga el presidente saliente con el que va a entrar. De modo que desde ese punto de vista los factores personales cuentan.

En algún caso estos factores personales pueden resultar más débiles de lo necesario si se piensa en un candidato que pueda suscitar una oposición muy clara. Todo el mundo supone que éste fue el caso del primer candidato que tuvo Alemán para sucederlo, que fue Fernando Casas Alemán. De acuerdo con la elección pública, la primera elección de Alemán había sido Fernando Casas Alemán. Y, sin embargo, tuvo que retirarla porque hubo un movimiento de oposición dentro de las figuras más importantes del Partido en contra de Casas Alemán. Y entonces se cayó en la elección de Ruiz Cortines.

JW: Existen ciertas corrientes dentro del partido oficial: los alemanistas y los cardenistas son las más importantes.

DCV: Bueno, supongo que sí, y sin embargo no sé qué peso real puedan tener estos grupos dentro del PRI. ¡No sé!

JW: Es interesante ver que Cárdenas haya dejado a Ávila Camacho, a un hombre tan diferente que él; y que Alemán haya dejado a Ruiz Cortines; y vemos también que el hombre tan corriente, tan amigable, López Mateos, esté dejando a un hombre que había tenido una posición poco ostensible y que sigue siendo poco ostensible unos meses más tarde en la Presidencia.

DCV: Bueno, mire usted, usted se refiere al caso de Cárdenas y Ávila Camacho. Dentro de esta teoría de elección providencial que usted pintó al principio, a mí se me ocurrió decirle a usted que casi el único caso en el que yo veía un deseo de tener un gobernante distinto al anterior, es el caso de Cárdenas. Es incuestionable de que en la designación de Ávila Camacho como candidato oficial tuvo mucho que ver Cárdenas. Y para mí Cárdenas propició la candidatura de Ávila Camacho a pesar de saber que Ávila Camacho tenía un signo político o una inclinación moderada. Cárdenas pasa por ser el gobernante más radical, más izquierdista, vamos a decir de la Revolución, y sin embargo es incuestionable que Cárdenas apoya a Ávila Camacho, y esto en oposición a dos personas que tenían un signo izquierdista igual al de Cárdenas, y que eran por añadidura amigos suyos, y en el caso del general Francisco Múgica, Cárdenas consideró a Múgica como un maestro suyo, un maestro revolucionario.

Si esto tiene alguna explicación racional debe ser en el sentido, por una parte, de que Cárdenas tenía muy poca confianza en la habilidad lo mismo de Múgica que de otro general michoacano que era el ministro de economía y cuyo nombre no recuerdo en este momento.

JW: ¿Rafael Sánchez Tapia?

DCV: ¡Sánchez Tapia!, Cárdenas tenía poca confianza en los dos para desempeñar el puesto de la Presidencia de la República, un puesto evidentemente que requería más cualidades y más virtudes que las que tenía Múgica.

Múgica era un hombre que no tenía sino una única vena, que era la vena del revolucionario, del destructor; pero no era una gente con capacidad de gobierno, de administración, de planeación, de organización. Esto por una parte, y por otra parte la gente me parece que no ha reflexionado que en Cárdenas hay dos elementos predominantes en su gobierno; uno, que es el de impulsar la reforma agraria entendida simplemente como el reparto de tierras hasta el extremo; y desde ese punto de vista puede usted decir que la actitud revolucionaria de Cárdenas era puramente negativa o destructiva. Dos, la gente olvida que Cárdenas fue el que inició la política del desarrollo industrial del país, y esta política requería un tono conservador y constructivo y no revolucionario, ni demagógico, ni marxista, ni destructivo. Y quizás convendría averiguar —y esto solamente lo podría decir el propio general Cárdenas o en último extremo Eduardo Suárez, que era su consejero único

y principal de esta materia— si Cárdenas al final de su gobierno no le atribuyó más importancia al desarrollo industrial de México que a la reforma agraria entendida como destrucción de la gran propiedad. O es muy posible que Cárdenas creyera que había destruido la gran propiedad y en consecuencia al gran enemigo de la Revolución, y que por lo tanto el país podía dedicarse ya a una cosa constructiva, o sea, del desarrollo industrial del país.

Si Cárdenas llegó él mismo a pensar esto, ya sea por su propia cuenta o por consejos o por inspiración de Eduardo Suárez, entonces se justifica perfectamente bien la idea de que Cárdenas apoyara a Ávila Camacho y no apoyara a Múgica y a Sánchez Tapia. Y todavía con esta circunstancia particular que es necesario tener en cuenta, y que en la elección de Ávila Camacho la candidatura de Juan Andreu Almazán es la única vez que el régimen oficial estuvo en peligro, porque Almazán fue un candidato no solamente muy activo, muy decidido, sino que logró despertar positivamente la tensión y el interés y el apoyo de grandes sectores del país. En consecuencia parecía como que si Cárdenas hubiera atendido sólo a la situación política del país, como que le hubiera convenido presentar un candidato revolucionario más extremista que él, como Múgica, para oponerlo a Almazán, que era un individuo con un tinte conservador y reaccionario bien conocido.⁵² Y sin embargo, Cárdenas se resolvió por apoyar al candidato más débil, o con menos personalidad.

Ahora, ¿cuál es la explicación interna de esto? Para mí consiste, repito, en dos razones: primero, desconfianza en la habilidad de los dos elementos radicales, Múgica y Sánchez Tapia, y segundo, la creencia de que el país necesitaba continuar un desarrollo industrial que apenas había iniciado Cárdenas, y que para esa circunstancia necesitaba un gobernante de tipo conciliador, conservador, como era incuestionablemente Ávila Camacho.

JW: La de usted es una interpretación nueva y muy diferente de las anteriores que se oyen, porque hasta hoy se ha pensado que Cárdenas se vio en el caso de tener que escoger a Manuel Ávila Camacho porque Múgica era demasiado radical para los tiempos, y que solamente un modelo como Ávila Camacho podía enfrentarse a Almazán, que representaba las fuerzas antigubernamentales y antirrevolucionarias de esa época. Usted está sugiriendo algo muy interesante y muy diferente de lo acostumbrado y creo que esto merece un estudio detenido.

⁵² *Cfr.* James W. Wilkie, "El complejo militar-industrial en México durante la década de 1930: diálogo con el general Juan Andreu Almazán, *Revista Mexicana de Ciencia Social*, 20:77 (1974), pp. 59-64.

DCV: Quizás si usted tiene ocasión de regresar aquí⁵³ —y no se me ocurrió sugerírselo—, usted podría entrevistar a Eduardo Suárez, porque Eduardo Suárez fue el único elemento técnico que tuvo en su gobierno Cárdenas; un abogado con una preparación económica, hecha por sí solo pero buena, y Eduardo Suárez es incuestionablemente la persona que inició esta idea de un desarrollo industrial en México. Cárdenas tenía una gran confianza en Suárez y hubiera valido la pena que usted hubiera entrevistado a Suárez para esclarecer este punto, porque es indudable que él es la única persona que puede dar alguna clave de ese problema.

JW: Mientras estábamos cambiando la cinta hablábamos del estudio que he hecho sobre el presupuesto y la cuenta pública mexicana para distinguir entre la ideología pragmática⁵⁴ de los presidentes. ¿Qué opina usted sobre este proyecto de estudiar la ideología política y económica de cada presidente?

DCV: A mí me parece una buena idea. Sin embargo, creo que deben tomarse en cuenta dos cosas que son muy importantes. Por una parte, elegir bien cuáles son aquellas partidas del presupuesto de egresos que propiamente pueden calificarse como acción social, o como acción económica; por otra parte —y eso por fortuna usted lo sabrá hacer bien— es tomar en cuenta la situación histórica general del país. Es incuestionable que si usted pudiera examinar los presupuestos de Carranza durante el periodo constitucional, o propiamente revolucionario de su gobierno —tarea por supuesto imposible porque no hay documentos ni hay nada— pero si usted recuerda las circunstancias en que Carranza se abrió paso desde su levantamiento contra Victoriano Huerta hasta lograr la presidencia constitucional, pues fue una época de guerra civil continua, y en consecuencia una época en que el gasto militar era el único que prácticamente existía. De modo que este tipo de circunstancias —estoy poniendo un tanto extremo— conviene tomarlas para que se logre este estudio, de las partidas del presupuesto, el mejor reflejo de esto que usted llama “la reacción pragmática distinta de los presidentes de la república”.

JW: Sí, he analizado por ramo las partidas de gastos del gobierno, pero he tenido que desglosar unas partidas y cambiar unas partidas dentro de cada ramo. Por ejemplo, la deuda pública estuvo incluida dentro de la partida de Hacienda por muchos años, y la he tenido que sacar para demostrarlo. He

⁵³ Salimos de México el 31 de enero de 1965 para los Estados Unidos y el año siguiente a la América del Sur.

⁵⁴ Ver James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Changes since 1910*, primera edición, 1967, y segunda edición, 1970, de la University of California Press; primera edición, en español, 1978, del Fondo de Cultura Económica.

sacado de los fondos generales, los préstamos agrarios para demostrar cuánto dinero se gastó en el impulso agrario. Con este estudio vamos a poder demostrar cómo en muchos ramos del presupuesto el gobierno ha querido hacer los gastos y cómo se realizaron. Por medio de este estudio independiente se podrá ver que los presidentes sí han tenido actuaciones muy distintas.

SOBRE RELACIONES EXTERIORES

Otro asunto que quisiéramos tratar antes de dar término a nuestras entrevistas: ¿ha estado usted trabajando para la Secretaría de Relaciones Exteriores? *DCV*: Bueno, yo tengo una vieja conexión con la Secretaría de Relaciones. Entré a trabajar a la Secretaría de Relaciones cuando tenía veintitrés años. No he trabajado continuamente en la Secretaría de Relaciones ni he sido nunca un miembro regular del Servicio Exterior Mexicano. Pero sí he tenido o he mantenido con la Secretaría de Relaciones por una razón o por otra una relación continua, y he sido un miembro del Servicio Exterior, es decir, desempeño un puesto de embajador de México desde abril de 1957. De modo que los últimos ocho años sí he tenido una posición oficial en la Secretaría de Relaciones.

JW: ¿Trabajadores en general. . . ?

DCV: No, no exactamente; es decir, no es ni el "roving ambassador" de usted ni el "ambassador at large", pero sí soy un embajador un poco peculiar en el sentido que en primer lugar no he estado nunca al frente de una misión diplomática, y mi trabajo ha sido representar a México en conferencias internacionales. Es decir, he representado a México en el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, en el Fondo Especial de las Naciones Unidas, he ido a conferencias de la UNESCO, etc., etc., trabajando en esto: en la representación internacional de México en conferencias.

JW: Bueno, con la experiencia que usted ha tenido y con sus viajes, tal vez usted pueda decirnos cuál es su concepto de la relación que existe entre el nacionalismo y el latinoamericanismo. ¿Existe la América Latina?, como preguntó Luis Alberto Sánchez.

DCV: Yo creo que sobre todo esto hay pocas dudas. Me parece que es incuestionable que todos los países, y que todos los latinoamericanos reconocen que tienen un trasfondo histórico semejante, problemas bastante comunes, etc. Usted percibe esto justamente en el tipo de experiencia que yo he tenido representando a mi país en conferencias internacionales, a las que asisten, como es natural, latinoamericanos, así como también repre-

sentantes de otros países; es decir, de países de otras regiones. Y es incuestionable que haya un entendimiento inicial fácil entre los representantes latinoamericanos. Diga usted, por ejemplo, en el Consejo Económico y Social, compuesto hasta ahora de dieciocho miembros. De esos dieciocho miembros, cuatro son latinoamericanos. En términos generales estos cuatro representantes de la América Latina funcionan y tienen un cierto entendimiento.

Y tratándose de las Naciones Unidas propiamente, en Nueva York funciona un llamado grupo latinoamericano que en realidad es un factor de gobierno, no de un modo total y completo en cuanto a la política o la acción que deben tener los países de la América Latina en la Asamblea General, pero sí, por ejemplo, en todo lo que representa distribución de puestos. De acuerdo con estos "gentlemen's agreements" que han regido en las Naciones Unidas, hay cuatro puestos reservados en el Consejo Económico y Social para países latinoamericanos. Pues bien, cada año se hacen elecciones de miembros; un año se hace la elección de un miembro para el grupo latinoamericano, y al siguiente año de dos miembros para el grupo latinoamericano, y estos candidatos se eligen dentro del grupo latinoamericano y no se ha dado el caso de que ningún país latinoamericano presente una candidatura distinta a la que presenta el grupo latinoamericano, y esto se ha venido a afirmar más ante la aparición de nuevos grupos, sobre todo el grupo afroasiático.

De modo que a mí me parece indudable que existe un fondo común de simpatía, de entendimiento entre los países latinoamericanos; que esto no es una cosa organizada y que no tiene las formas mejores imaginables, etc., esto es indudable; tan indudable que usted se encuentra ante la cosa asombrosa de que un norteamericano siempre sabe más de la América Latina en su conjunto de lo que pueda saber un mexicano o un argentino. Es decir, el mexicano puede conocer muy bien sus propios problemas, el argentino puede conocer muy bien sus propios problemas; pero rara vez se encuentra usted con un mexicano que conozca los problemas de la Argentina, y muy rara vez un argentino que conozca los problemas mexicanos. De modo que todos estos aparatos de estudios que hay, no solamente ya en los Estados Unidos sino en Francia y en Inglaterra un poco, y en Alemania no existen. De modo que usted no encuentra en la historia de la Universidad Nacional de México el caso de que haya habido un curso sobre "La historia de la Argentina". Y no encuentra usted tampoco en la Argentina un curso de "Historia de México"; encuentra usted, cuando más, un curso de la literatura hispano-americana como tal; es el único campo en el que hay cursos en nuestras universidades comunes.

Y sin embargo, mire usted, al amparo justamente de estas organizaciones internacionales existe ya un grupo de economistas latinoamericanos que han trabajado los problemas económicos de la América Latina. Todos los que han trabajado en la CEPAL, desde Raúl Prebisch hasta Víctor Urquidí. Es decir, ya hay un grupo, diga usted, de veinte o veinticinco economistas latinoamericanos que conocen muy bien los problemas de la América Latina en su conjunto. Y el problema es, pues, despertar el interés para que estos estudios sobre la América Latina se hagan en todas las instituciones.

Un norteamericano me hizo hace poco esta observación, que a él le desconcertó mucho y le llamó mucho la atención, pero que yo conocía de sobra desde hace mucho tiempo. Este norteamericano, uno de los editores del *Foreign Affairs* estuvo aquí en México y por alguna razón asistió a una reunión de la Asociación de Corresponsales Extranjeros de Prensa, y le llamó mucho la atención el hecho de que hubiera desde luego un grupo de corresponsales norteamericanos, y que estuvieran representantes de la Tass rusa, y que hubiera representantes de agencias noticiosas francesas, e inglesas incluso de la China Comunista; pero no había un solo representante de ningún periódico latinoamericano, de periódicos, diga usted de la importancia, de la magnitud de *La Prensa* o de *La Nación* en Buenos Aires, o de *Mercurio* de Santiago, Chile, o de *El País* de Colombia, o de *El Nacional* de Venezuela. De modo que, diga usted, un poco para encontrar una fórmula, que el latinoamericanismo es una cosa que no materializa en cosas concretas o que rara vez materializa, o sea que es una especie de estado de ánimo que no se traduce en instituciones ni en actos sino muy rara vez.

JW: En su concepto como historiador y diplomático ¿cuál es la mejor manera de entender a Latinoamérica? ¿Sería la de estudiar, de dar cursos en las universidades de los Estados Unidos de la historia de cada país, o tratar de hablar de todos los países y demostrar que tienen algo en común, y que los problemas y los periodos son parecidos, o casi iguales aunque suceda que durante la misma época en la historia los liberales pueden triunfar en un país y en otro país no? Las causas son las mismas, los problemas y el medio son los mismos. ¿Qué pudiera usted sugerir sobre esto?

DCV: Bueno, usted sabe que hay ahora una verdadera crisis en los Estados Unidos a propósito entre los latinoamericanistas sobre cuáles son los mejores métodos de estudio, etc. Y en este libro que yo le enseñé a ustedes ayer,⁵⁵ que es un poco el último reflejo de este proceso de examen de conciencia,

⁵⁵ Charles Wagley (ed.), *Social Science Research on Latin America*, Nueva York, Columbia University Press, 1964.

hay una actitud marcadamente adversa a la idea de que los norteamericanos estudian la América Latina en su conjunto. Y la principal razón es que hay elementos diferenciales en los países latinoamericanos como hay rasgos comunes y que en consecuencia quien estudia la América Latina en su conjunto corre el peligro de hacer generalizaciones como si dijéramos banales, superfluas. Es como si con el ánimo de generalizar usted dijera: "Bueno todos los latinoamericanos tienen dos patas". Bueno, no es un rasgo común de los latinoamericanos; es un rasgo común al género humano; es decir, este tipo de exageración.

Yo tengo la impresión, sin que haya pensado de un modo especial el tema, que hay ciertos aspectos de la vida latinoamericana que se prestan a un estudio multilateral, o de conjunto de unidad, y en cambio hay otros que no se prestan a esto. Diga usted, por ejemplo, me parece en un extremo perfectamente lícito estudiar no solamente la América Latina sino un poco la parte sur de los Estados Unidos, y desde luego hasta el punto del continente geográficamente hablando. Es decir, usted puede entonces hablar de una región andina que subsiste como tal región andina; lo mismo piensa usted en la porción que le corresponde a Chile, que la que le corresponde a Perú, o al Ecuador; del mismo modo que usted puede hablar de una zona de altiplanos, que es común a Bolivia, México o a Perú. De modo que desde un punto de vista geográfico, la posibilidad de tratar el continente es una cosa perfectamente válida.

En el otro extremo, quizás pudiera usted pensar en los problemas de orden político; en el modo de ser de la vida política, en que los elementos diferenciadores quizás pesen más tratándose de otros aspectos. Y luego también depende de esto: si usted quiere estudiar situaciones pasadas o situaciones presentes, la situación pasada se presta más a estudiarla como conjunto porque las diferencias circunstanciales van perdiendo intensidad, y aun razón de ser con el tiempo, de modo que cosas que parecen hoy tremendamente importantes, en cincuenta años dejan de ser importantes, y no subsisten sino los picos, digamos de la Sierra. Esto es lo único que la historia, que el tiempo ha respetado. De modo que es muy posible que tratándose de problemas muy vivos haya más peligro en el tratamiento de conjunto que en el tratamiento nacional. De modo que en suma no creo que deba haber una fórmula única para atacar este problema.

Ahora, déjeme usted decirle, sin embargo, una cosa: y es que yo veía en el modo distinto de enfocar la América Latina que tienen los norteamericanos y el europeo, y la forma como la estudiamos nosotros, un bonito arreglo; un arreglo satisfactorio porque mientras ustedes trataban los elementos comunes a la América Latina, nosotros trabajábamos los elementos diferen-

ciales de la América Latina. Y entonces, del conjunto de unos y de otros me parecía que del esfuerzo de unos y de otros resultaría una cosa muy equilibrada y muy sólida. Ustedes, le repito, trabajando los rasgos comunes, y nosotros los rasgos diferenciales.

Siempre hago uso de este ejemplo. Si un norteamericano irrumpe en una habitación en la que hay cinco latinoamericanos, un argentino, un chileno, un peruano, un ecuatoriano y un mexicano, la conclusión a la que salta el norteamericano es que esas personas hablan español, y está en lo justo y en lo cierto porque hablan español. Si un mexicano entra a esa misma habitación en seguida, dice: "Pero qué raro español hablan esas gentes", y principia a distinguir el modo de cantar especial del español que tiene el chileno, que es distinto al mexicano, que es distinto al argentino, etc., y la conclusión del latinoamericano es igualmente válida: los latinoamericanos hablan distintamente el español. Entonces el resultado de la observación que atiende al rasgo común o general, y a la observación del que atiende al rasgo diferencial daba la verdadera situación: hablan una sola lengua pero de modo distinto, que ésta es la verdadera situación.

JW: Bueno, en los Estados Unidos tenemos que ser especialistas y tenemos que cuidarnos bien de que haya una especialidad. Decimos: "Si no estudiamos México a fondo, ¿cómo podríamos hablar a grandes rasgos de la América Latina?"

DCV: Bueno, mire usted, a este problema particular que usted ahora suscita, yo creo que hay un remedio y en cierta forma lo practican las universidades americanas porque a un profesor le suelen pedir que haga un curso de los que ustedes llaman "survey courses" en que se trata a la América Latina en conjunto, y un tipo de curso más de carácter monográfico y para muchachos más avanzados en que ya se trata no digo de la historia de un único país, sino posiblemente de un periodo limitado de cada país; como la Revolución Mexicana o el Régimen Colonial en México, etc. A mí no me disgusta este arreglo, de no dejar de trabajar las cosas de tipo general, pero por supuesto abundando en las de tipo particular. Hay ya muchos casos de éstos. No sé si usted conoce al profesor Thomas McGann de Texas, estuvo en Stanford el año pasado dando clases. McGann se había especializado en la Argentina y escribió dos libros buenos sobre Argentina, y lo nombraron profesor en Texas en lugar de Lewis Hanke, y tuvo que hacer frente a este tipo de problemas de cursos generales. Le ha costado algún esfuerzo, y lo que usted quiera, pero al cabo de tres o cuatro años es un excelente profesor de historia latinoamericana. Él combina esas dos cosas: el tratamiento de un curso general con su vieja especialidad de historia argentina. No es un mal arreglo.

JW: Bueno, como diplomático y como profesor tal vez pueda usted contestar esta pregunta. Hablando de la Revolución Mexicana y del Porfiriato, Porfirio Díaz llegó a la presidencia contra las simpatías del gobierno de los Estados Unidos, o con muchas dificultades. La Revolución Mexicana tuvo los mismos antecedentes y condiciones, pero al fin y al cabo tanto Porfirio Díaz como la Revolución Mexicana llegaron a entenderse con los Estados Unidos. ¿Cree usted que tal vez esto pueda servir de una guía para toda Latinoamérica? ¿Necesitan de una revolución esos países y cuáles son las relaciones que deben tener esas revoluciones con Rusia y con los Estados Unidos? ¿Cuál es en su opinión la trayectoria diplomática que debiera observarse para la América Latina y México?

DCV: Bueno, no percibo mucho el alcance de la pregunta de usted. Usted habla por ejemplo de México, que hace una revolución que lastima necesariamente muchos intereses norteamericanos, políticos y económicos, etc., y que con el tiempo ha habido una reconciliación entre los dos países y puede decirse en el momento actual que no existe ningún problema de ninguna magnitud especial entre los dos países. Hay una diferencia, sin embargo, previsible en el caso de México y en el caso de algún otro país latinoamericano que pase por la experiencia de una verdadera revolución. Y es que México tuvo la gran fortuna de iniciar su revolución en un momento en que era posible hacer una revolución puramente nacionalista, y en consecuencia una revolución que era más susceptible de defenderse y de justificarse. En las actuales condiciones del mundo me parece que es muy difícil que ocurra una revolución dentro de un país latinoamericano que no se vea embarrada forzosamente por las ideologías universales imperantes en el mundo actual, que fue lo que le pasó a Guatemala en sus intentos frustrados de revolución, y lo que le ha pasado a Cuba. En consecuencia, en qué medida puede ocurrir una revolución de carácter nacional, o que sea predominantemente nacional, y una revolución que no solamente respete los Estados Unidos sino que en cierta forma aliente a los Estados Unidos a que ocurra, y una revolución que pueda tomar un giro como el que ha tomado la revolución de Castro y que le plantea a Estados Unidos, como es natural, problemas de mucha gravedad? Desde ese punto de vista, repito, nosotros los mexicanos fuimos muy afortunados.

Yo tengo la impresión de que la última revolución nacionalista que ocurrió fue la de México. Las demás es muy difícil que las salve usted de esta contaminación de una lucha ideológica como hay en el mundo actual.

Claro, estas cosas pasan a veces por circunstancias, no sé, casi ridículas. Me han referido por ejemplo que el marxismo de Jacobo Arbenz, del gobernante depuesto de Guatemala, se debía a la señora de Arbenz, que es una señora muy rica, de clase ociosa, y que en lugar de leer novelas se dedicó

a leer a Marx, y lo leyó a tiempo de asimilar a Marx, mientras que el pobre de Arbenz comenzó a leer a Marx a los treinta y cinco años de edad, cuando ya no puede usted entender a Marx. De modo que sería curioso el poder esclarecer, si estos pujos marxistas de Arbenz se debieron, en primer lugar, a la esposa, una señora guapa y rica, y en segundo lugar a él.

JW: ¿Cuál es la posición de México con respecto a la Doctrina Estrada? La Doctrina Estrada parece ser muy contradictoria. ¿Cómo puede mantenerse esta doctrina en el concepto de que si le conviene a México retirar a sus representantes diplomáticos? ¿Qué eso no constituye un rompimiento? ¿Qué cosa es la Doctrina Estrada? Si usted le dice a un enemigo: "Yo no estoy rompiendo relaciones con usted, pero yo no vengo más a su casa; yo no vuelvo a su casa sino hasta que usted haga lo que yo quiero". Entonces, ¿no es esto un rompimiento?

DCV: Bueno, mire usted, yo en este punto sí tengo opiniones muy definidas. Yo tengo la idea de que esta Doctrina Estrada se justificó cuando fue expuesta en 1930, por Genaro Estrada la primera vez, y tenía un sentido muy claro; es decir era una posible defensa contra la inclinación intervencionista de Estados Unidos. Pero como un criterio para regir las relaciones de México con otros países, no como ha ocurrido con Brasil, con Honduras, con la República Dominicana, o antes con Perú. Es una doctrina que no tiene aplicación posible; es decir, desde ese punto de vista yo estoy en absoluto desacuerdo con el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es una doctrina insostenible, y que además México no ha sostenido ni siquiera con congruencia. Es mucho más congruente, aun cuando desde un punto de vista político sea disparatada, la actitud de Venezuela que dice: "Yo no tengo relaciones con ningún gobierno cuyo origen sea un golpe de estado militar". Y entonces Venezuela rompe relaciones cada vez que ocurre esto; rompió relaciones con Perú en su momento y con Brasil en su momento, etc., etc. Hay allí congruencia. Pero en el caso de México resulta absolutamente insostenible la doctrina. Y por más que México insista en decir que si México mantiene sus agentes diplomáticos no representa la aprobación del gobierno, y que si los retira, que no representa una reprobación del gobierno, por supuesto que representa en un caso la aprobación y en otro la reprobación.

En fin, en cualquier aspecto que se examine la cosa, es un mal uso de la Doctrina Estrada.

JW: ¿Usted habló de esto en El Colegio Nacional? ¿No hizo usted una crítica de esta doctrina?

DCV: No, pero me propongo hacerlo en mis conferencias de este año. De hecho tengo ya escrito lo que voy a decir. Le voy a poner como título, "La noticia que apareció en los periódicos a propósito del caso

del Brasil". La noticia de 1964 se llamaba "El verdadero alcance de la Doctrina Estrada". Pues yo voy a dar una conferencia para decir cuál es el verdadero alcance de la Doctrina Estrada.⁵⁶

EW: ¿Y qué piensa usted del caso de Cuba?

DCV: Bueno, el caso de Cuba desde el punto de vista de México es enteramente distinto. Es decir, el caso de una supuesta aplicación de esta Doctrina Estrada lo encuentra usted en 1962, en el golpe de estado militar del Perú cuando los militares echaron a Manuel Prado y desconocieron la elección; o en el caso en 1963 de la caída de Juan Bosch en Santo Domingo; o en 1963, en el de Cuba, es distinto porque México allí habla de que un país tiene derecho a determinar su propia vida y que en consecuencia Cuba tiene ese derecho. Una cosa que es por supuesto bastante discutible, pero, en fin, el apoyo o la tesis es enteramente distinto.

JW: Esperamos poder leer su conferencia en el Colegio Nacional... Bueno quisiéramos darle las gracias por su participación en este proyecto de historia oral. Hemos gozado mucho al hablar y discutir temas con usted.

DCV: Muchas gracias a ustedes.

⁵⁶ Ver "Vida azarosa de la Doctrina Estrada" en *Ensayos y notas*, de Cosío, V., II, pp. 169-212, presentado en dos conferencias en el Colegio Nacional, el 10 y 17 de agosto de 1965.